



Universidad de Chile
Instituto de la Comunicación e Imagen
Escuela de Periodismo

EL DÍA INFINITO

PALOMA MARTINA GRUNERT VILLEGAS

MEMORIA PARA OPTAR AL TÍTULO DE PERIODISTA

Categoría: Crónicas

Profesora guía: Alejandra Carmona Cannobbio

Santiago de Chile

Noviembre, 2016

Dedicatoria

A mi abuelita Sarita Duque, a mi abuelito Tito Grunert,
a mi abuelito René Araos, a mi tío Álvaro y al Novita.

Todos, en el cielo.

Agradecimientos

A todos/as los/as que colaboraron en este trabajo brindándome su amor, traducido en
tiempo, confianza, solidaridad, comprensión, ayuda y paciencia.

A mi papá, Germán Grunert.

A mi mamá, Eliana Villegas.

A mis hermanos, Álvaro Grunert y Simona Grunert.

Al Dieguid Figueroa.

A Héctor Maturana, a la hermosa familia Vásquez Fredes,
a Alejandra López y sus bellos hijos, a Ruth Lazo y su familia.

A Nicolás Valenzuela, Felipe Vásquez, Ximena Faunes, Michelle Ribaut
y a Gabriela Zúñiga.

Índice

Introducción	4
Amanece	
I.- La Familia	7
Los Hermanos Perdidos	
II.- Álvaro desaparece	12
III.- Germán desaparece	15
La Búsqueda	
IV.- La casa verde	20
V.- El último viaje	23
VI.- La Panduro	26
VII.- El mandamás	30
VIII.- Una flor en septiembre	33
IX.- Historia de Amor	38
Fotografías	40
El Encuentro	
X.- La plaza	47
Anochece	
XII.- Se cierra la puerta	54
Epílogo	
El casco blanco	61
Hoy	64
Bibliografía	66
Anexo	68

Introducción

Tío Alvarito: Yo nunca quise que usted muriera, me da mucha pena porque lo hayan matado. Por favor tío Alvarito, dígame dónde está usted enterrado, o si lo han matado o lo tienen capturado. Es muy bueno ser comunista pero no es bueno que lo maten por ser amigo de Allende. Quiero sus poesías para alimentar mis ojos. Quiero sus ojos claros para tener el poder del saber. Gracias a usted, escribo tan bien.

Escrito en mi diario de vida, a la edad de 8 años. Mayo de 1994.

Este trabajo comenzó su gestación en agosto de 2013 y fue pensado originalmente en formato audiovisual. Su propósito inicial era registrar de qué manera los y las familiares de distintos Detenidos Desaparecidos enfrentaron -y viven hoy- la desaparición de su ser querido. La idea buscaba mostrar diversos modos de vivenciar y enfrentar esta trágica situación familiar: la rabia, la resignación, la lucha y el legado.

No obstante, durante el proceso de investigación y filmación, Germán Grunert, mi padre y uno de los participantes que representaba “la resignación”, comenzó una transformación personal, empezando a reconocerse como hermano de una **víctima de la dictadura**, y a empoderarse de ello. Fue así como el trabajo hizo un giro, enfocándose sólo en este caso que, además, se relacionaba con otro de los objetivos: acercar la problemática de los Detenidos Desaparecidos a las nuevas generaciones, identificándose con una persona que presentaba un recorrido distanciado de la “causa”. La búsqueda emocional por sobre la judicial emprendida por Germán, permitía generar empatía con jóvenes y adolescentes distantes al tema.

En julio de 2016, y durante el proceso de montaje, el material audiovisual con el que se estaba trabajando se perdió de manera accidental. Ante lo sucedido, y teniendo transcritas las entrevistas que sostuvo Germán durante el rodaje, decidí abordar el tema

desde crónicas escritas, por la cercanía estética que esta modalidad tiene con el formato documental.

Este trabajo es la culminación y, al mismo tiempo, el comienzo de un ejercicio familiar por re-encontrarse con el origen y apropiarse de la causa. Es resituar a Álvaro, volver a asomarlo a la vida que él tenía cuando estaba vivo.

Es el camino familiar, paralelo al andar del esclarecimiento judicial. Es el derecho a pensar en colores y no en blanco y negro. Es una construcción en la que en cada hallazgo, por pequeño que sea, contribuye a forjar identidad y pertenencia. Es avanzar hacia el reencuentro con la historia para seguir haciendo historia.

Paloma Martina Grunert Villegas

Amanece

El día comienza

La Familia

Nadie ha muerto aún en esta casa.

Ninguna mano busca una mano ausente.

El fuego aún no añora a quien cuidó encenderlo.

La noche no ha cobrado sus poderes.

Nadie ha muerto aún en esta casa. Jorge Teillier.

Sarita Duque estaba embarazada. Su hijo Alvarito se tomó la noticia con alegría. La llegada de Lulú acabaría con su infancia de hijo único y a pesar de que con la futura bebé convergería sólo en sangre materna, la esperaba con ansias.

Sarita Duque, hija de Álvaro Duque, un importante comerciante porteño que falleció, cuando ella tenía siete años, arrastrado por la pena luego que un cáncer se llevara a su mujer, era la menor de seis hermanos. Tras quedar huérfanos en 1925, los niños fueron repartidos entre distintas tías que ofrecieron dispares crianzas. Sarita tuvo suerte, logró estudiar y, posteriormente, desempeñarse como secretaria. Cuando tenía 26 años nació su primer hijo, de su matrimonio con León Barrios. Lo llamó Álvaro, como su padre.

Con el tiempo, Sarita, de facciones dulces, cuerpo menudo, cabello rizado y negro y cortas pero tupidas pestañas, se enamoró de otro y se fue con él. Sarita Duque y Tito Grunert, descendiente de otrora alemanes ricos que se habían empobrecido en Chile, se mudaron con el hijo de ésta a una vivienda en Conchalí. Allí se enteraron que serían papás de Lulú, como llamaban a la niña que venía en camino. Prepararon el nacimiento con entusiasta arrebató y Héctor “Tito” Grunert compró todo tipo de ajuares de color rosado.

“Nunca supe por qué creyeron que iba a ser mujer” recuerda Germán Grunert, al evocar las historias que Sarita le contaba de un accidentado pronóstico de natalicio. Para Alvarito fue tanto mejor, un hermano varón garantizaba certera complicidad y alianza. Al menos así lo era en 1958, cuando las distinciones entre hombres y mujeres en la sociedad chilena eran profundas y develadoras, a seis años de la primera vez en que se ejerció el voto femenino, para las elecciones presidenciales de 1952. El 22 de julio de 1958, nació Germán Grunert, hijo de Sarita y Tito, vestido en sus primeros años forzosamente de rosado.

Álvaro y Germán sorteaban consigo diez años de diferencia, brecha que ofició para generar un vínculo más cargado a la guía que a la simetría. El hermano mayor hizo de la infancia del menor un espacio lúdico y lleno de alegres lecciones. Le enseñó a cazar lagartijas en el patio de las tías Clarita y Aurita, a fabricar hondas artesanales tallando los restos desprendidos por los árboles, a alentar a la Universidad de Chile.

“El pelao”, como le decían a Germán, luego que éste exigiera no ser más llamado “el Lulú”, creció pronto; y la entrada a la pieza del hermano, que antes se mantenía irrestrictamente abierta, comenzó a cerrarse. Adentro, Álvaro con ya 18 años, se enredaba en asuntos placenteros y horizontales con algunas de las muchachas del barrio. Era 1966 y en la habitación del hermano mayor se codeaban el humo de la marihuana, la poesía y los vinilos. El triunfo de la Revolución Cubana en 1959 también influenció al joven, que comenzó a leer al Ché Guevara gracias a libros y artículos que conseguía en las ferias literarias de Santiago.

En 1967 la familia se mudó a la calle Fermín Vivaceta de la misma comuna, a un amplio chalet que le alquilaron a don Nicanor Bahamondes y a su señora María Pardo. La casa, que se abría caprichosa de habitaciones, contaba con un galpón que Sarita y Tito habilitaron como botillería, la que empezó a funcionar atendida por un hombre llamado René Araos que, respondiendo a la solicitud del periódico, se quedó con el puesto de vendedor. René, hombre alto y enjuto, ávido en la guitarra y perfumado por los resabios del cigarro, había aprendido a manejar a los nueve años, edad en la que obtuvo su primer

empleo como chofer de camiones. Sin padres, sin hermanos, sin familiares conocidos o por conocer, René se hizo de uno de los cuartos de la familia e instaló allí sus pocas pertenencias. Ante el inconstante ejercicio paterno de Tito, cuyos breves instantes de reposo, entre las fiestas y el trabajo, dedicaba sólo a su mujer, fue René quien mimó y atendió como padre a los hijos de la familia. Incluso, cuando se mudaron a calle Altamirano, a dos cuadras de la botillería que siguieron manteniendo, René también se largó con ellos.

Álvaro Miguel Barrios Duque nació en Santiago el 9 de abril de 1948. En su adultez nunca logró llegar al metro setenta. Era bajito y silencioso. Hacía todo con parsimonia y siempre llevaba en la cara una mueca de seriedad e introspección. El gusto por los libros y la música se apoderó de casi todos los espacios de ocio de Álvaro. Fanático de Ludwig van Beethoven, el muchacho apareció una tarde en su casa cargando en los brazos las nueve sinfonías del compositor, habiéndose gastado en vinilos el dinero que Sarita le entregó para comprarse zapatos y ropa. Fue un invierno frío aquel.

La poesía de Julio Barrenechea, Pablo de Rokha y Pablo Neruda eran sus favoritas. Y fue en una libreta de correos, con páginas numeradas, en la que Álvaro comenzó a escribir sus propios poemas, en septiembre de 1967, cuando tenía 19 años. Los versos, que en un principio iban dedicados al amor y a las mujeres, fueron volviéndose manifiestos políticos conforme pasaron los años, y al alero de jornadas largas oyendo las canciones de Víctor Jara.

En 1967 Álvaro entró a estudiar Pedagogía en Historia a la Universidad de Chile, en el “Pedagógico”, ubicado en José Pedro Alessandri 774, que hoy pertenece a la Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación luego que en 1981 el régimen militar desvinculara a las pedagogías de la principal Universidad laica del país. En Historia se hizo militante del Partido Socialista, pero la carrera lo descontentó; y en 1969 ingresó a Pedagogía en Inglés en el mismo campus.

Ese año, conoció a Gabriela Zúñiga, estudiante de Filosofía, que más tarde se volvería su polola, y con quien solía compartir largas jornadas de amor y crecimiento mutuo. Fue también en 1969 cuando dejó las filas socialistas y se integró al Movimiento de Izquierda Revolucionaria, MIR, que inspirado por el ejemplo cubano, planteaba la revolución armada para alcanzar un Estado marxista chileno, y que había nacido en 1965, en la capital de la octava región, liderado por sus fundadores Miguel Enríquez, Luciano Cruz y Bautista van Schouwen, todos destacados estudiantes de Medicina de la Universidad de Concepción.

Germán siguió de cerca las materias políticas de su hermano, casi como un juego. Y así evoca el día en que tras cuatro candidaturas, Salvador Allende fue elegido Presidente de Chile en 1970, “Con mi hermano confeccionamos una especie de cola hecha con hojas de cuaderno, que estaba amarrada desde la cama de mi mamá y que bajaba por toda la escalera hasta el primer piso. Mi mamá se indignó cuando la vio, porque ella era alessandrista de corazón y la sacó inmediatamente”, recuerda.

El triunfo de Allende y la inquietud por levantar espacios de construcción colectiva en vías de una nueva sociedad, llevaron a Álvaro junto a otros vecinos, a formar el Centro Cultural Vivaceta. Ubicado en el cruce de las calles Freirina con Nueva de Matte, a cinco cuadras de la casa de la familia, el Centro Cultural Vivaceta albergaba a los y las jóvenes del barrio, impartiendo talleres de música, pintura, teatro y literatura; y generando, además, instancias sociales y políticas.

Los Hermanos Perdidos

Álvaro desaparece

*Soy otro cuando soy, los actos míos
son más míos si son también de todos,
para que se pueda ser he de ser otro,
salir de mí, buscarme entre los otros,
los otros que no son si yo no existo,
los otros que me dan plena existencia,
no soy, no hay yo, siempre somos nosotros,
la vida es otra, siempre allá, más lejos,
fuera de ti, de mí, siempre horizonte,
vida que nos desvive y enajena,
que nos inventa un rostro y lo desgasta,
hambre de ser, oh muerte, pan de todos.*

Piedra de sol. Octavio Paz.

“Pelao, ayúdame que tú *tenís* bonita letra” le dijo Álvaro a su hermano menor, aquella mañana cocida de nubes del jueves 15 de agosto de 1974. Era feriado. René, Sarita y Gabriela, con la que Álvaro había contraído matrimonio hace poco más de un mes, salieron temprano. Sólo Tito y sus hijos ocupaban la casa cuando Álvaro le pidió a su hermano que escribiera las letras del cartel en el que se ofrecía como experto en pintura, empapelado y reparación de desperfectos hogareños, oficios que, sin dominar del todo, pretendía ejercer para ocupar los días vacíos después de haber sido expulsado por sus ideas políticas de la carrera de Pedagogía en Inglés. Ambos, echados en la cama, trazaban el cartón cuando llamaron a la puerta. Fue Germán quien la abrió, y encontró de pie en el umbral a Luz Arce y Patricio Álvarez. “Hola, ¿está tu hermano?” le preguntó éste último, Germán asintió y volvió a entrar a la casa, “Te busca el Pato con una mujer” le dijo a Álvaro. Éste se puso de pie, caminó hacia la puerta con tranquilidad, saludó

afectuosamente a los jóvenes que lo aguardaban y antes de salir se dirigió a Germán, “Espérame *pa'* que terminemos el cartel”. Pato y Álvaro eran amigos del Centro Cultural Vivaceta, y Germán lo conocía. A Luz no, a Luz no la conocía, nunca la había visto antes.

Antes de volver Álvaro, volvieron René, Gabriela y Sarita, varias horas después. Cuando esta se enteró que su hijo mayor aún no regresaba, se alarmó. Algo intuyó en esa maniobra y salió a la calle a preguntarle a vecinos y vecinas si acaso alguien había visto algo. Así fue como supo que su hijo había sido conducido por un hombre y una mujer hasta una camioneta Chevrolet color celeste, con toldo y sin patente, estacionada en la esquina de Altamirano con Los Marroquies, “Donde lo entregaron a personas desconocidas que lo hicieron desaparecer”, dijo Gabriela Zúñiga, en la querrela presentada por la presunta desgracia del joven, al Noveno Juzgado del Crimen de Santiago, el 16 de octubre de 1976.

Hoy ya se sabe que esos civiles eran Osvaldo Romo, Nelson “Negro” Paz Bustamante y Basclay “El Troglo” Zapata. Todos agentes de la Dirección Nacional de Inteligencia, DINA, la policía secreta del Estado, responsable de muchas de las violaciones a los derechos humanos cometidas durante la dictadura de Pinochet, hasta 1977, cuando fue reemplazada por la Central Nacional de Inteligencia, CNI, que continuó con las operaciones.

“Como pasaba el tiempo sin que éste llegara a la casa, concurrimos a la casa de Patricio Álvarez, pues Germán nos había dicho que éste había ido a buscar a Álvaro. Al llegar a su casa, hablamos con la madre de Álvarez, quien nos señaló en forma muy nerviosa que su hijo y Álvaro estaban detenidos, por lo que no se encontraba en casa, Pero en ese momento apareció el padre de Patricio y nos dio a conocer que su hijo sí estaba en el hogar” contó Gabriela, como se lee en la querrela.

Sarita insistió en hablar con el muchacho y éste, a tirones, le confesó finalmente que su hijo Álvaro había sido entregado a la DINA por él y por Luz Arce.

Luz Arce Sandoval era una joven militante del Partido Socialista que había compartido con Álvaro tan sólo un par de veces. Luego del golpe de Estado, se convirtió en una de las principales colaboradoras de la DINA, llegando a ser agente y delatando a decenas de militantes del MIR.

“Cuando hablamos con él y le preguntamos por Álvaro, nos contó que se encontraba detenido, que saldría al día siguiente y que lo perdonáramos por entregarlo. Además, nos dio a conocer que el día anterior había sido liberado, y que lo mismo sucedería con Álvaro”, afirmó Gabriela.

Mientras Sarita y Gabriela conversaban con Patricio, Álvaro volvió a la casa. Eran las ocho de la noche de ese 15 de agosto. Germán y Tito, lo recibieron perplejos. “Llegó apresuradamente (...) bastante nervioso y nos dio a conocer a mí y a mi padre que se encontraba detenido en una base militar, que luego lo soltarían y que no nos preocupáramos. Se puso una *parka*, se llevó unos panes para comer y cigarrillos. Tanto yo como mi padre salimos a la puerta para verlo irse. Por esta razón nos dimos cuenta que subía a la parte trasera de una camioneta con toldo, marca Chevrolet” dijo Germán en su declaración según constata la querrela. Fue la última vez que lo vio.

Al rato, llegó Sarita y constató no sólo la situación de Álvaro, sino también la trágica coincidencia de haber ido por él al momento en que éste volvía, perdiendo así la última oportunidad de mirarle la cara a su hijo mayor.

Germán desaparece

Sé que he perdido tantas cosas que no podría contarlas y que esas perdiciones, ahora, son lo que es mío. Sé que he perdido el amarillo y el negro y pienso en esos imposibles colores como no piensan los que ven. Mi padre ha muerto y está siempre a mi lado.

Cuando quiero escribir versos de Swinburne, lo hago, me dicen, con su voz.

Sólo el que ha muerto es nuestro, sólo es nuestro lo que perdimos.

Posesión del ayer. Jorge Luis Borges.

La casa permanecía constantemente vacía. Tito había intensificado su ingesta de alcohol y mientras él pasaba los días entre el trabajo y los bares, Sarita y René lo hacían en la calle, dedicando todas las horas posibles en buscar a Álvaro. De Gabriela poco se sabía en esos años; agobiada por la desaparición de su marido, había vuelto a vivir donde sus padres para abocarse a terminar sus estudios. La botillería de la familia abría poco y nunca. El único que seguía deambulando dentro de la casa era Germán, con 16 años. Las habitaciones vacías le parecían callejones infinitos, sin paredes donde estrellarse y detenerse. Quien fuera objeto de todos los mimos, se había quedado solo.

En el Liceo Gabriela Mistral a Germán lo conocían por ser bueno para la pelota. “El pelao” extendía sus recreos en la cancha de cemento haciendo goles. Pero a la salida de clases empezó a frecuentar a nuevos amigos del barrio para fumar marihuana, llegando incluso a probar las anfetaminas y el neoprén, en jornadas abiertas en las que nunca hablaba de las tristezas que lo curtían. No contó jamás, por ejemplo, aquella vez en que en medio de una discusión, su mamá Sarita, envuelta por la pena y el delirio, le dijo que quien debería haber desaparecido era él y no Álvaro.

La ausencia de su hermano era entonces un fantasma del precisaba escapar. Había en Germán una dicotomía constante, mezcla de rabia y admiración por Álvaro, una sensación visceral y profunda que lo arrojó a hábitos practicados casi a la fuerza. Sin ser

asiduo a la literatura, comenzó a llenar con sus propios poemas, las hojas desocupadas del cuaderno en el que Álvaro solía escribir. “Me gustaría volver a ser el de antes y como mil gargantas volver a gritar, primavera, vida, hermano, sí, hermano, y correr por los campos y seguir los caminos que antes me llevaron. Me gustaría cantarle a los hombres, al mar, a la tierra y a la vida y a tantas cosas... y sin embargo mi canto es sólo el llanto desgarrador del que sufre de la amarga soledad”, apuntó Germán en septiembre de 1976.

La mimetización entre los hermanos anduvo más allá de la poesía, Germán empezó a imitar la letra de Álvaro, a escuchar los discos que éste había dejado de girar en su cuarto, a vestirse con la ropa que ya no cubrían ningún cuerpo, y a perder así su propia incipiente identidad.

“En el momento en que Álvaro desaparece, desaparezco yo. Esa es la sensación que tengo de ese entonces, de manera tal que yo me focalizo en buscarme a mis dieciséis años a través de Álvaro. Y eso fue durante largo tiempo, hasta los veinte años. Con esto yo me sentía más cerca de él, sentía que la única conexión real con el mundo era buscar al Álvaro en el plano personal, tratando de lograr reemplazar a ese hermano desaparecido para llamar la atención de mi madre y que ella pudiera verme.”, recuerda Germán.

En 1976 ya no había dinero ni botillería. El negocio familiar se vino abajo por las deudas que implicó la búsqueda de Álvaro, por lo que Sarita, Tito y René se mudaron a un pequeño departamento en el tercer piso de un block en Estación Central. Germán, en cambio, prefirió seguir viviendo en el barrio, en un cuarto en el que había pasado sus primeros años de infancia, en la casa de sus tías, a dos cuadras de donde se llevaron a su hermano. A ratos frecuentaba a sus padres, pasaba a saludar a su mamá, a enterarse de los incesantes padecimientos de ésta por hallar a su hijo mayor: encadenamientos, huelgas de hambre, vigilias interminables en distintos centros de tortura. Las visitas se acrecentaron tras los reiterados intentos de suicidios de Sarita.

Fue en estas idas donde Germán conoció a Enrique Villegas, un joven recién egresado de la enseñanza media al que llamaban “Kiko”, y que vivía junto a su familia en el primer piso del block. En la casa de Kiko siempre había bulla. Él y sus hermanos y hermanas

llenaban los estrechos espacios ocupándose de ello. Por eso, cada vez que Germán visitaba a su mamá, aprovechaba el paso para bajar al primer piso y aceptar las invitaciones de Kiko. Iba a tomar once, a compartir un plato de sopa, a reírse un rato, y a mirar, de reojo y en silencio, a la hermana mayor de su amigo, la “Nana”, una joven bonita y desordenada, estudiante de Filosofía y dueña de una honda inteligencia. Al poco tiempo, Germán se mudó de manera definitiva a la casa de sus padres e inició una relación con la muchacha.

Con Eliana “Nana” Villegas, Germán volvió a sentirse amado. Fue a ella a quien le abrió parte de sus emociones apaleadas por los años. “Sólo ella fue capaz de tomarme de la mano y mostrarme un lado más amable de la vida. Recuerdo que en aquella época, cuando me preguntó qué esperaba yo de la vida, yo le contesté que quería suicidarme” cuenta Germán.

La ausencia de Álvaro era entonces una contradicción constante; del desconcierto pasaba a la pena, de la pena a la tristeza, de la tristeza a la rabia, y así, otra vez volvía a recorrer el mismo circuito. Germán, en un mismo día, podía culpar a Álvaro por haberlo abandonado, y al rato pedirle a Nana que bajara con él de la micro, persiguiendo durante cuadras a vagabundos que, tras los vidrios en movimiento, había confundido con su hermano mayor.

La pareja se casó en 1981, y en 1985 tuvieron a su primera hija, la que nació cuando ambos se encontraban en Venezuela, acompañando a la familia de Nana, confinada en el exilio. Germán decidió erradicarse junto a su mujer en ese país con el propósito de cursar una carrera universitaria. Tenía 26 años, pero no se acostumbró. Germán nunca terminaba de acostumbrarse a nada. A los meses ya estaba de regreso en Chile; y entonces comenzó a trabajar: fue cartero, guardia, encuestador.

De regreso a Chile la pareja tuvo a su segundo hijo y, con el tiempo, las constantes inestabilidades provocadas por la depresión de Germán, fracturaron la relación. Después

de unos años conoció a otra mujer, Andrea, con la que tuvo a su última hija. Pero esta vez, también, el amor acabó.

Hoy Germán tiene 55 años y está sentado en una de las silenciosas escalinatas de cara al Memorial de los Detenidos Desaparecidos y Ejecutados Políticos de la dictadura de Augusto Pinochet, leyendo apenas en un rincón, apretado entre otros cientos de nombres, el de Álvaro Miguel Barrios Duque, detenido y desaparecido hace exactamente 39 años.

Ese 2013 fue la primera vez en que Germán visitó el Memorial. “Frente al poder de las armas, ¿qué vas a hacer tú?. Nadie puede hacer nada” dijo casi susurrando sin dejar de leer los nombres que se le venían encima. Permaneció allí un tiempo, un rato corto, veinte minutos. Y luego se fue. Subió a su auto, y se fue. Era tarde y había que comprar el pan que llevaría a su departamento en Ñuñoa, donde vive solo. Un departamento pequeño en el que pasa gran parte del día viendo televisión e invitando a sus hijos a tomar once cuando la suerte no se asoma y no hay en qué trabajar.

El encuentro con el Memorial, le dio a Germán un empuje que creyó inicialmente como una idea, pero que luego se le develó como lo que era: una necesidad. Intempestivamente, decidió comenzar a buscar a su hermano mayor. No en el plano judicial, labor que ejercía Gabriela Zúñiga, la esposa de Álvaro, a la que veía con frecuencia accidental luego de la distancia que la familia y ella tomaron cuando Álvaro ya no estuvo más; sino en el plano emocional. Hacia lo hundido, hacia lo vetado, hacia lo que pesa. Volver a acercarse a aquel que, pese a la presencia de su memoria, aún se le hacía inmaterial, numérico, fraccionado, empapelado en un rostro en eternamente en blanco y en negro.

La Búsqueda

La casa verde

*Pero no importa que los días felices sean breves
como el viaje de la estrella desprendida del cielo,
pues siempre podremos reunir sus recuerdos,
así como el niño castigado en el patio
encuentra guijarros para formar brillantes ejércitos.
Pues siempre podremos estar en un día que no es ayer ni mañana,
mirando el cielo nacido tras la lluvia
y escuchando a lo lejos
un leve deslizarse de remos en el agua.
Bajo el cielo nacido tras la lluvia. Jorge Teillier.*

Germán comenzó desde lo que creyó el principio: regresando al barrio originario de Conchalí, al que llegó para fotografiar las casas donde había vivido junto a su familia. Primero se dirigió al Centro Cultural, cuyas paredes ahora albergaban a la junta de vecinos. Después, caminó hasta la casa de sus tías, donde atravesó parte de su niñez, pero en su lugar se emplazaba una fábrica. Casi todas las casas de calle Altamirano habían sido reemplazadas por galpones, incluyendo la casa desde donde había sido detenido Álvaro, y a la que se habían mudado pocos meses antes de aquel día.

Esto lo desoló de manera profunda, y casi como un ejercicio a cumplir, caminó hasta la casa de Vivaceta, aquel chalet enorme en el que habían vivido y mantenido la botillería. Con sorpresa la encontró intacta y le tomó algunas fotos. Luego de un rato se animó a golpear, acaso usando las palabras podría persuadir a los nuevos moradores para que le permitieran entrar a la casa verde y poder, tal vez, volver a recorrerla.

Quien le abrió la puerta fue una señora con el rostro sereno y cocido de arrugas, desordenado por el tiempo, a quien Germán reconoció de inmediato. “Buenas tardes señora María, soy hijo de Sarita Duque, nosotros le arrendábamos esta casa hace muchos años ¿se acuerda de mí?”, le preguntó. La mujer abrió enormemente los ojos y le contestó “¡Álvaro! ¡Estás vivo!”. Entonces Germán, con voz estrecha, alcanzó a responder “No, yo soy el hijo menor, mi hermano fue el que desapareció”, antes de que él y María se abrazaran y se largaran a llorar. Como si alguien, desde el cielo y de la nada, los hubiese apretado de repente.

Germán fue conducido por María por los recodos de la casa que una vez caminó con Álvaro, cuando entonces ignoraba la importancia que tendría cada una de sus esquinas. María no recordaba al menor pero sí al mayor de los hermanos. “Era un niño tranquilo, callado. Era parecido a ti pero más delgadito, moreno y bajito” le dijo a Germán. Éste, sin perder el paso, asintió enmudecido, atorado por la pena, bebiendo de un solo trago el vaso de agua que acababa de recibir de las manos de la mujer. Ambos se sentaron en el sofá. “¿Nunca supieron nada de tu hermano?” le preguntó María. “Nunca”, contestó él, y continuó “Al mes siguiente de su desaparición recibimos una llamada de un anónimo que nos dijo que había estado preso con Álvaro en Tres Álamos, y que nos mandaba a decir que por favor tratáramos de ir a verlo y de sacar el caso a la luz”.

Fue Sarita la que al día siguiente de ese contacto telefónico, acudió a primera hora llevando consigo comida y ropa a Tres Álamos, uno de los 225 campos de concentración, centros clandestinos, edificios públicos, unidades militares, penales, de Carabineros y de la Policía de Investigaciones, utilizados para el secuestro, la tortura, la ejecución y la desaparición de prisioneros durante la dictadura.

Allí le dijeron, como tantas otras veces, que Álvaro no estaba, que se largara. “Nunca supimos nada más, así que nosotros pensamos que lo deben haber mantenido vivo unos dos meses, tres meses, una cosa así, que era lo que hacían”, le dijo Germán a María.

No hay indicios oficiales ni tampoco testimonios que den cuenta que Álvaro estuvo en ese recinto. Las llamadas anónimas con información falsa no sólo servían para despistar a los familiares de los detenidos, sino también para enloquecerlos.

María le preguntó a Germán por Álvaro, le preguntó por Sarita, le preguntó por René, le preguntó por Tito. Nombres de aquellos que ya no estaban.

Con el tiempo, Germán se volvió el único sobreviviente de la familia luego de enterrar a Tito en 2002, a René en 2008 y a Sarita en 2003, la que bajó a la tierra llevando en el pecho la fotografía del hijo que nunca pudo encontrar, en una ceremonia blandeada por los cipreses del Cementerio General y ante la presencia de su hijo menor, sus nietos, algunas mujeres de la Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos y un par de sobrinas lejanas que, en sus breves discursos, hablaron de la jovialidad de la tía Sari: de la alegría que desperdigaba en las fiestas, de cuánto gozaba cuando la sacaban a bailar; de aquella vez en que celebró el natalicio de una de sus mascotas e invitó a las pequeñas a sentarse en una mesa con torta y chocolate tibio, rodeada de gatos portando gorros de cumpleaños. Imágenes que hasta ese entonces Germán desconocía, o mejor dicho había olvidado, y que lo sacudieron avisándole que tal vez no todo era admirablemente triste cuando decía “mamá”.

Antes de terminar su visita y despedirse con una profundidad parecida a la ternura, María le permitió a Germán tomar fotos dentro de la casa. Con su cámara, retrató la cocina donde se levantaba el comedor diario que seguía intacto; el salón donde veían la *tele* con Álvaro, casi confundiendo la pertenencia de tal brazo y tal pierna al estrecharse tan caprichosamente uno encima del otro; la ventana hecha de vitrales amarillos e, imperturbables a los años; el patio apretado de malezas donde alguna vez se apilaron los frascos de botellas que Tito y Sarita solían descontar del negocio para descorchar de fiesta en fiesta.

El último viaje

¿Sabes lo que era el poroteo, así, simbólicamente? A veces siento que era como sacar un muerto de un lugar oscuro, espantoso, sacarlo al mundo exterior donde había sol, donde la gente seguía viviendo, indiferente a la tortura, al horror que todos estábamos viviendo, a atrapar a otro vivo para llevarlo a la muerte.

La Flaca Alejandra. Carmen Castillo y Guy Girard.

En el número 38 de calle Londres se levanta una casona antigua que, hasta 1973, le perteneció al Partido Socialista de Chile. Después del golpe de Estado, el inmueble fue expropiado por los militares, pasando a ser conocido como el Cuartel Yucatán. En él, la Dirección de Inteligencia Nacional levantó uno de los más cruentos centros de detención y tortura, dirigido principalmente contra militantes del Movimiento de Izquierda Revolucionaria. Llegada la democracia, el edificio permaneció abandonado hasta 2001, cuando volvió a ser adquirido por los socialistas; hasta que en 2008 fue apropiado por el Colectivo Londres 38 que lo habilitó como espacio de Memorias, abriendo su acceso al público desde 2011. El único lugar del que se tiene absoluta certeza en el que estuvo Álvaro Barrios, fue en el Cuartel Yucatán.

Después de que a Álvaro lo maniataron y lo subieron al capot de la camioneta en la que ya iban otros dos hombres con la vista vendada, el vehículo siguió recorriendo las calles de Conchalí e Independencia. En la cabina delantera viajaban los delatores Luz Arce y Patricio Álvarez, junto a los agentes Osvaldo Romo, Nelson Paz Bustamante y Basclay Zapata. Luego de Álvaro, el último detenido de aquel trayecto fue Julio Cañas, joven comunista del barrio y único sobreviviente de los cuatro. Todos fueron llevados a Londres 38.

Julio permaneció allí tan sólo un día. Su madre, testigo del secuestro, siguió a la camioneta hasta el centro de tortura, lugar en el se mantuvo gritando el nombre de su hijo y golpeando la puerta durante tantas horas y con tal insistencia que llegada la noche, se lo echaron a la calle. Meses después, Julio contactó a Sarita Duque y le contó que había estado con Álvaro. Le dijo que fueron detenidos en la misma redada y que cuando a éste lo subieron al vehículo, valiéndose sólo de sus oídos para retener lo que pasaba, uno de los captores le preguntó si conocía a Álvaro Barrios. Julio, que ignoraba que el mirista ya estaba allí, lo negó pese a conocerlo. Le contó a Sarita que luego de eso, oyó cómo golpearon a Álvaro y lo obligaron a saludar al nuevo pasajero. “Hola Julio, ¿Te acuerdas de mí?” dijo Álvaro. “Sí, Álvaro, sí” respondió Julio. Días después de esa conversación con Sarita, el comunista se asiló en Canadá, país en el que vive hasta el día de hoy.

Para Germán, la historia de Julio siempre estuvo cargada de frustración y admiración; queriendo la oportunidad que tuvo la madre de él, de poder haber tenido acaso más lucidez o más suerte o más años, y haber seguido la camioneta donde iba su hermano, albergando en ello la esperanza de salvarlo. Por eso la posibilidad de hablar con Julio fue una idea que si bien nunca fue emprendida, siempre se sostuvo, concretándose recién el 19 de enero de 2014, cuando Germán visitó Londres 38 para fotografiar el adoquín grabado con el nombre de su hermano que, junto a otros 93 nombres de detenidos y detenidas, forma parte del empedrado de la calle afuera del edificio. Un hombre se le acercó, curioso por la permanencia de Germán ante aquella placa, y le preguntó su vínculo con Álvaro. “Es mi hermano”, le respondió éste. “Yo soy Julio, Julio Cañas, yo estuve con él detenido aquí”.

Ambos conversaron largo rato después de estrecharse por unos minutos. El encuentro se dio así, fortuito, imprevisto, azaroso. O tal vez no; desde 1974 que Julio no regresaba a Chile. Había escogido aquel día y aquella hora para visitar el centro de tortura en el que permaneció recluido junto a Álvaro.

No hubo mucho que contar de la proximidad que tuvo con él en esos momentos, salvo dos instantes: el forzado y breve intercambio que sostuvieron a bordo de la camioneta, y

haber escuchado cómo llamaban a Álvaro para llevarlo a una sala de interrogación al interior de la casa. No había nada más, acaso eso fue suficiente para Germán, y también para Julio.

“Recordar nuestro encuentro todavía me emociona hasta las lágrimas. Visitar Londres 38 ese día fue muy emocionante y me dio una sensación de pena y horror. Pensar cuántos abusos, crímenes, malos tratos y violaciones a los Derechos Humanos se pudieron haber cometido en ese lugar. La casa me pareció bastante más pequeña de lo que me imaginaba. Recibe mis saludos cariñosos. Te estimo y aprecio como a un hermano”, le escribió Julio a Germán en un correo, días después, ya devuelta en Canadá.

La Panduro

*Ven, ven, conmigo ven. Ven, ven, conmigo ven.
Vamos por ancho camino, nacerá un nuevo destino.
Amigo, tu hijo va. Hermano, tu madre va,
van por el ancho camino, van galopando en el trigo, van.
Vamos por ancho camino. Víctor Jara.*

La Panduro costaba un escudo y medio. Unos mil quinientos pesos chilenos. Pero en esa época, apuntar su costo era casi una cosa poética: sin paternidad económica alguna, sus hojas corrían por los pastos del Pedagógico de la Universidad de Chile movidas por cooperaciones voluntarias que a veces eran simplemente un gesto, una mano que retribuye a otra sin importar bolsillos. Era el medio por el cual los estudiantes del Departamento de Inglés habían elegido expresarse, una revista “político-cultural” como señalaba siempre su primera página.

Enrique Merino, un joven mechón de la comuna de San Miguel, participó en varias publicaciones. Fue el número 4, que agrupaba a los meses de octubre y noviembre de 1970, el que halló casi intacto y protegido del polvo, debajo de otras evocaciones materiales, en el año 2004, mientras removía los fragmentos del pasado. Sorprendido, volvió a sostenerlo. Esta vez con melancolía, no como cuando lo hizo en las “termas de Macul” -como se le llamaba en ese entonces al “Pedagógico”- echado de espaldas sobre el abrigo del pasto, más de treinta años atrás, revisando junto a sus compañeros el acabado del pasquín conservando aún fresco el olor gelatinoso del mimeógrafo. “Cabros, hay reunión, hay que seguir pintando y se va a seguir la campaña de alfabetización” les dijo un muchacho que se acercó a los grupos desperdigados en el patio, paseándose por los piños para dar el aviso.

Eran días álgidos para los estudiantes, el triunfo de Salvador Allende llevaba sólo dos meses y quien no militaba, de igual manera sabía participar. Enrique formaba parte de las filas socialistas pero esa tarde prefirió no entrar a la asamblea y, en cambio, guardó la revista en su mochila, y se fue jugar una pichanga con algunos otros amigos.

La revista pasó de la mochila a un cajón de su cuarto, y de aquel cajón de su cuarto a un baúl, y del baúl entonces, varios años después, nuevamente a sus manos. Manos de profesor de Inglés, manos que deslizó suavemente por las hojas amarillas recordando aquella tarde en que se llevó la edición de octubre-noviembre en la espalda.

La revista Panduro recogía manifiestos y ensayos políticos, reflexiones sociales, crónicas humorísticas y poesías de estudiantes y, a veces, de profesores invitados a publicar. Hojeándola, Enrique se encontró en la tercera página con un poema titulado “Viernes de junio por la noche”, firmado por Álvaro Barrios D. El Álvaro, aquel amigo suyo que militaba en el MIR y con el que compartió extensas conversaciones cuando Enrique priorizaba las reuniones por sobre el fútbol. No como aquella tarde que llegó a recordar con la revista en las manos. El poema lo estremeció profundamente, tanto como cuando en 1974 se enteró de la desaparición del joven que, junto a otros compañeros que escribían en la Panduro, había sido poco antes expulsado de la Universidad meses antes. Enrique decidió tipear el texto en su computador y enviarlo por correo electrónico a la página Archivo Chile, la que lo publicó el 11 de septiembre de 2004.

“El 11 de Septiembre es una fecha que trae muchos recuerdos. Hurgando en mis archivos, encontré un viejo ejemplar del ‘Panduro’ (...) en el que está publicado un poema de Álvaro Barrios Duque, quien fuera sacado de su hogar en Conchalí. (...) Su cuerpo no fue encontrado. ‘Viernes de Junio por la noche’ ha estado guardado por 34 años. Te agradeceré si lo lees y se lo reenvías a algún amigo, impidiendo que siga olvidado, tanto su contenido como su creador. Cariños, Enrique Merino Belmar” fue parte del mensaje que redactó Enrique y que acompañó la publicación que luego leyó Germán en 2013, mientras buscaba en Internet información sobre el caso de su hermano.

De inmediato contactó a Merino para darle las gracias. Al cabo de pocas semanas, se reunieron a tomar un café.

Enrique hablaba mucho y apresuradamente, atropellándose a sí mismo en el discurso y sin amilanarse por el vapor caliente que le humeaba los lentes mientras asperjaba su café entre labia y rabia, diciendo poco sobre sus años en el Pedagógico y hablando en cambio sobre la dictadura y “los *conchas de su madre* que se renovaron”. Germán lo escuchaba con atención y sin interrumpirlo con las tantas preguntas que tenía sobre su hermano. No fue necesario, en su única pausa, Enrique limpió sus lentes y miró a Germán, “Yo soy frío, pero es fuerte acordarte de una persona que formó parte importante en tu vida. Yo voy a insistir siempre en que Álvaro era un excelente argumentador y que nunca perdía la compostura. Álvaro nunca discutía, no levantaba la voz, y siempre estaba muy seguro de lo que decía, siempre supo lo que discutía”, le reveló.

Antes de terminar de manera abrupta el encuentro, Enrique sacó de su bolso la revista Panduro y la puso sobre la mesa. “Fíjate qué impresionante”, le habló a Germán con afecto, “Cuando uno hace algo nunca sabe si va a resultar. Yo me siento muy contento de que esto haya llegado a ti, porque significa que mientras no las olviden, las personas no mueren. Aunque tu hermano no esté, si tú te acuerdas de él, su semilla sigue vigente”, le dijo, y entonces se marchó después de un apretón de manos que duró largo rato.

I

Te veo venir cabeza abajo
con tus manos cargadas de ciudad y de muros
con tus oscuras casas y siluetas oscuras
Te veo venir cabeza abajo
con tu frío réquiem de silencio,
traspasando mis ropas y mis libros
cabeza abajo vienes

II

En vano tus calles se estremecen
verticales y mudas.
En vano tiemblan los hombres y sus sombras
Cabeza abajo vienes Viernes,
cabeza abajo.
Mapocho,

III

Con papeles mugrientos y tarros de basuras,
con serpientes de luces,
con fantasmas y niños hambrientos,
con fantasmas, Viernes
con fantasmas

IV

Con esquinas desnudas y ventanas
desiertas,
con humedad,
con lodo,
con candados y paréntesis
con manos y bolsillos,
te vienes guarda abajo inundándolo
todo con manos y bolsillos,

V

Cae tu vasto cuerpo
por el despeñadero negro
con la ausencia de luz,
y tu cabeza ciega
se golpea junto a las riberas del

VI

Cae tu aliento
tu alma negra cae,
cae tu mirada enmohecida y turbia
tus manos de sombra caen,
y acá abajo nosotros, los aquellos
que creímos en ti,
en tu indulgencia leve,
en tu silencio seco,
nos miramos las manos
desolados y tristes
y te vemos caer,
cayendo...

El mandamás

*Ser agitador universitario y mal estudiante es fácil;
ser dirigente revolucionario y buen estudiante es más difícil.
Pero el maestro universitario respeta al buen alumno,
y tendrá que respetar sus ideas cualesquiera que sea.*

Discurso en la Universidad de Guadalajara, México. Salvador Allende.

El 16 de mayo de 1974, Ana María Palma Vergara, fiscal coordinadora de la sede de Santiago oriente de la Universidad de Chile, hizo llegar una carta a la Secretaría General de Estudios del Departamento de Inglés en la que informaba de la resolución de expulsión de siete estudiantes: dos mujeres y cinco hombres, entre los que se encontraba el nombre de Álvaro Barrios Duque. La misiva atribuía a su “activismo político” el motivo de la desvinculación e indicaba, además, que los afectados podían optar a una apelación que debía “ser fundada”.

Como parte del sumario contra los jóvenes, el documento incluyó testimonios de estudiantes y académicos, quienes “bajo promesa de decir la verdad” comparecieron ante la fiscal Vergara. Fue el caso de la profesora Aurora Bocaz Sandoval la que, detallando sus pareceres sobre cada uno los imputados, declaró sobre Álvaro: “Es el cerebro, líder del marxismo del Departamento. Es el más inteligente. Se jugaba entero por sus creencias políticas, con un tremendo ascendiente sobre los alumnos. De una dialéctica impresionante. Todas estas características lo convirtieron en el líder intelectual del Departamento”. Así mismo lo hizo la docente Estrella Pardo Telias, señalando que Barrios: “Es inteligente, buen alumno, en reuniones participaba bastante, no había reunión a la cual no asistía. Trataba de convencer, incluso en asambleas, y aún más en clases trataba de hacer política”, y la estudiante de segundo año, María Eugenia Salas Villar, quien afirmó que: “Álvaro Barrios forma parte del selecto grupo de mandamases

del departamento. Era agresivo en las asambleas, hacía proselitismo y labor concientizadora”.

Éste y otros documentos, correspondientes a los antecedentes relacionados con la expulsión de Álvaro, fueron entregados a Germán el 21 de noviembre de 2013 luego que éste escribiera una carta dirigida al entonces rector de la Universidad de Chile, Víctor Pérez Vera. “Como familia estamos buscando el máximo de información posible en torno a su caso (...) a fin de ‘reconstruir su memoria’ y particularmente los hechos que precedieron a su detención y posterior desaparición” redactó entonces Germán.

En uno de los bancos del Parque Bustamante, Germán abrió el sobre de papel kraft que contenía las hojas del documento. Durante casi dos horas, de manera serena y al alero del remanso de los árboles, leyó con asombro y emoción la totalidad de las fojas que daban cuenta de aspectos que, hasta entonces, sólo suponía; y que no sólo remitían a la participación política de Álvaro dentro del Pedagógico, sino también al rendimiento académico del estudiante, como da cuenta la defensa que el propio alumno escribió para apelar a la sentencia y evitar su expulsión.

“Estoy convencido que no sólo he demostrado que toda mi actuación universitaria se sometió siempre al respeto a la legalidad universitaria, al no realizar jamás acto alguno que perjudicara a algún miembro de esta Universidad o atentara contra la normalidad de la convivencia académica; sino también, creo haber probado sobradamente mediante documentos mi calidad académica, mis calificaciones, mi condición de alumno regular, lo cual se contradice con mi supuesta condición de “sectario, proselitista o atentador contra la normalidad académica”, esgrimió el estudiante el 30 de mayo de 1974.

La apelación de Álvaro incluyó el respaldo de algunos profesores a los que les pidió contrarrestar las acusaciones que se le imputaban: “Don Álvaro Barrios Duque, ha mantenido durante sus estudios un altísimo rendimiento académico, mostrando en toda ocasión un interés serio y honesto” declaró Manuel López Bilbao, profesor de Literatura Inglesa. “Cuando emití opiniones doctrinales lo hizo en las oportunidades pertinentes, sin asumir actitudes sectarias o

proselitistas que perjudicaran a persona alguna de nuestra comunidad. Por lo tanto, tampoco ejecutó acto de ningún tipo que pudiese atentar contra la normalidad de la vida académica” lo secundó en otro documento el profesor de Literatura Norteamericana, Henry Lowick-Russell.

El 26 de agosto de ese año, llegó a la casa de Altamirano la resolución final a la apelación de Álvaro: “La matrícula del estudiante Álvaro Barrios Duque se declara cancelada sin derecho a nueva apelación”. Álvaro había sido expulsado de la Universidad de Chile de manera definitiva. Pero él nunca lo supo, al momento de recibirse la carta en casa, Álvaro cumplía once días como detenido y desaparecido.

Sólo él, de los siete estudiantes en su situación, había apelado. Dentro de los otros seis, Juan Berríos, su mejor amigo en la Universidad y compañero de militancia, también había sido desvinculado de la casa de estudios. “Cuando a él lo expulsaron de la Universidad con acusaciones injuriosas, a mí también me expulsaron. Álvaro siguió conectado con el MIR y siguió trabajando. Yo estaba enseñando en un par de liceos a esa altura, pero nunca dejamos de tener un vínculo, nunca dejamos de vernos con Álvaro. Yo estuve con él hasta el último día, en que nos juntábamos en su casa y trabajábamos juntos así como habíamos trabajado juntos también en la Universidad, pero ahora en algo distinto, trabajábamos en artesanía: hacíamos chalas, hacíamos cinturones, hacíamos carteras en cuero, y con eso nos ganábamos unos buenos pesos que realmente necesitábamos todos en aquella época. Y ganábamos también en la esperanza, en el esperar que esto cambiara de alguna medida” recuerda Juan.

Una flor en septiembre

*Imagínate que desde muy niño te llevaba flores, te daba mi abrigo.
Imagínate que soy el amigo de tu mismo grado que lleva tus libros.
Imagínate que soy de tu calle, que siempre pasé por donde miraste.*

Imagínate. Silvio Rodríguez.

Clotilde Vivanco Torres tenía 24 años cuando se tituló de profesora de Inglés en la Universidad de Chile. En 1964, siendo una joven bellísima, de estatura bajita, grandes ojos azules y cabello ondulado, comenzó a dictar clases de Fonología en los mismos salones donde se había formado. A los estudiantes les gustaba la *miss* Coty, la seguían con la mirada cuando entraba a la sala. Tal vez por estas razones es que, desde sus primeras jornadas de docencia, comenzó a cultivar un carácter distante y parco, exigente en el trato y en las calificaciones.

Fue en 1969 cuando Coty conoció a Álvaro. Ella tenía 30, él 21, y el muchacho le llamó la atención desde el primer día de clases. “Cuando Álvaro hablaba, decía cosas tan sensatas, que no parecía un alumno. Los estudiantes tienen un registro de lenguaje diario, pero él no, él tenía un lenguaje muy preciso, muy claro y al mismo tiempo muy educado. No agresivo, sino firme en lo que planteaba, en lo que él notaba. No era un muchacho sometido, había seguridad en su discurso y en su comportamiento, porque había otros que se alteraban y se enojaban, eran más alocados, como si estuvieran peleando en su casa; él no. Y eso a mí me impactó”, recuerda la profesora.

“*Miss*, ¿puede firmarme este documento, por favor?” le pidió Álvaro a Coty. Ella lo hojeó, era la apelación que el muchacho había escrito para impedir su expulsión de la carrera, en mayo de 1974. En esta, el estudiante respaldaba sus argumentos con declaraciones a su favor de algunos profesores y parte de las calificaciones obtenidas

durante su paso por la Universidad: promedios entre 6,1 y 7 (nota final 7 en el ramo de Literatura Inglesa en primero, segundo y tercer año; 6.5 en Literatura General en segundo año; 6,1 en Práctica del Idioma Inglés en tercer año). Las fojas fueron firmadas por los y las docentes Oscar Skewes, Adriana Agüero, Estrella Pardo, Henry Lowick-Russell, Manuel López, Sonia Montero y Clotilde Vivanco.

Durante el proceso del sumario, Álvaro se encontraba suspendido de asistir a clases. Así que, al menos hasta agosto de 1974, no fue extraño para Coty no volver a topárselo por los pasillos del Departamento de Inglés.

Fue en una fecha perdida de ese mes, un día que ella no recuerda con exactitud, la última vez que lo vio. Esta vez no dentro la Universidad, sino caminando por la avenida José Pedro Alessandri, justo afuera de la casa de la profesora. “Yo estaba regando mi jardín, y en un momento en que estoy muy cerca de la reja, veo por mi vereda, como viniendo desde Irarrázaval, la cara de Álvaro, la figura de Álvaro, y me digo ‘¡Es Álvaro! ¡Qué gusto, que gusto que esté bien!’. Boté la manguera y cuando me acerqué a la reja para abrirla, Álvaro me dijo ‘No, no hable conmigo, usted no me conoce *miss*, me vienen siguiendo’”.

Germán y Clotilde se reunieron por primera vez el 11 de agosto de 2015. Tres días antes y luego de que la imagen de un cartel con el rostro de Álvaro fuera publicada en el Facebook de un medio de comunicación a raíz de la muerte de Manuel Contreras, Germán leyó un comentario escrito por una joven que decía conocer al hombre de la foto. “Álvaro Barrios Duque era estudiante de Pedagogía en Inglés en la Chile. Fue alumno de nuestra profesora de Fonología, quien hasta el día de hoy le rinde homenaje cada septiembre dejando una flor en el memorial de Juan Gómez Millas dedicado a los alumnos, profesores y funcionarios de la Universidad, desaparecidos y ejecutados por la dictadura. Ella no lo olvida y nosotros tampoco”, escribió Valeria Barría el 8 de agosto de ese año. Efectivamente, pese a sus 76 años, *miss* Coty seguía impartiendo clases. Así es como Germán llegó a ella, y así es como entonces, se reunieron por primera vez el 11 de agosto de 2015.

Para el encuentro, Germán dispuso té y galletas en la mesa. La profesora llegó a la cita con inglesa puntualidad y lo miró como buscando a Álvaro a través suyo. La tarde se fue rápido, envolviéndose ambos en los recuerdos que Germán destapó al abrir la caja en la que guardaba los documentos universitarios de su hermano: el carnet de estudiante, los certificados de matrícula, la revista Panduro, el expediente de la expulsión, la firma de una *miss* Coty de 34 años. “Él era buen alumno, y eso lo nombro siempre en mis clases, digo: ‘En la época de la dictadura recuerdo que los alumnos que eran dirigentes eran al mismo tiempo buenos estudiantes’, y me refiero a él” dijo Coty.

Esa tarde Coty le contó a Germán aquella última vez que vio a Álvaro. Fue en agosto de 1974 cuando al intentar saludarlo, al verlo pasar por afuera de su casa, éste le dijo que no lo hiciera, que lo venían siguiendo. “Yo lo encontré algo tan violento, porque yo quería abrazarlo, yo quería decirle lo contesta que estaba de saber que no le había pasado nada como finalmente sí le ocurrió. Y le hice caso, volví a tomar la manguera, pero viendo qué sucedía”. Después del diálogo breve y subrepticio, Álvaro siguió su rumbo y cruzó la calle Eduardo Castillo Velasco. Un hombre avanzó serpenteando los mismos pasos del joven, secundándolo a metros de distancia. “Éste es el que lo viene siguiendo” pensó Coty.

La mirada de Germán se estremeció. Incorporándose en su asiento, en su cara parecieron sucederse varias emociones. Según las características del relato, Germán concluyó que aquel encuentro ocurrió cuando Álvaro ya había sido detenido, y bajo las circunstancias del “poroteo”, procedimiento implementado por los agentes de inteligencia de la dictadura que consistía en obligar a los detenidos a recorrer lugares habitualmente frecuentados por ellos, para así reconocer a otras personas. “Claro, después deduje que lo hicieron dar ese paseo cerca del Pedagógico para entregar conocidos, por eso me dijo ‘No me hable, usted no me conoce *miss*, me vienen siguiendo’”, lo respaldó Coty.

Semanas después de aquel último encuentro con su estudiante, y antes de viajar a Estados Unidos en diciembre de 1974 para cursar un magister en Ciencias del habla en la

Universidad de Colorado, *miss* Coty se enteró que ese mismo mes de agosto Álvaro había sido detenido y permanecía desaparecido. Entonces supo, también, que el día en que lo vio él ya se encontraba secuestrado por la DINA. “Álvaro me salvó la vida. Eso es impagable, eso hace que yo no pueda dejar de agradecerle y, al mismo tiempo, sentirme frustrada de no haber podido ayudarlo para que él también salvara su vida, como habría sido que entrara a la casa. Pero él me rechazó para defenderme, él fue más humano que yo. Él ya había pasado por momentos muy duros, y seguir teniendo esa generosidad, ese espíritu, es algo que yo no puedo dejar de mencionar”, le dijo Coty a Germán. Otra vez, sin poder o querer evitarlo, Germán llora. Coty llora junto a él. Lloran juntos. Despacio y juntos.

Cada septiembre de cada año, la profesora deja un clavel rojo junto a un pequeño mensaje en el memorial de los Detenidos Desaparecidos de la Universidad de Chile, erguido y casi abrazado por los árboles, a un costado de la Facultad de Filosofía y Humanidades que hoy se encuentra en el número 1025 de la avenida Ignacio Carrera Pinto. “Yo digo que septiembre es un mes de tanta alegría y al mismo tiempo de tanto terror, que no se puede desligar una cosa de la otra. Y desde que pusieron el memorial, yo dije ‘De aquí en adelante todos los septiembreres le voy a poner un clavel rojo a Álvaro’. Y después esa tradición mía se hizo algo normal. Año a año le pongo un clavel a Álvaro. Algunos alumnos me dicen ‘¿Le regalaron un clavel, *miss*?’ y les respondo ‘No, yo lo voy a ir a regalar. Tengo un compromiso, tengo que regalarlo a un estudiante que era como cualquiera de ustedes, y que de repente ya no estuvo más en la clase’. Y ahí hay muchos a los que se les cae su lagrimita”, le comentó Coty a Germán, develándole el secreto de aquella flor mustia atada a un pequeño cartón con letras ilegiblemente corroídas por el paso de los meses, que éste halló junto al memorial en marzo de 2014, varios meses antes de conocer a la profesora, cuando fue a visitar la placa de la que le hablaron y en la que está grabado el nombre de su hermano junto a otros 57 desaparecidos y ejecutados en dictadura, que estudiaban o trabajaban en la Universidad.

El 24 de septiembre de 2015, cuarenta y cinco días después del encuentro con Germán, Clotilde Vivanco salió de su oficina en el tercer piso del Departamento de Inglés

de la Universidad de Chile, cargando un clavel rojo. Bajó por el ascensor y atravesó el ágora entre banderas chilenas que circundaban el patio, humeante de carne asada y cumbia. A paso lento, avanzó por entre estudiantes que la saludaron y abrazaron deseándole felices fiestas patrias. Luego de un breve trecho llegó al memorial, en donde arrancó la flor seca del año pasado y la reemplazó por la que llevaba en las manos. Retiró también una lámina de cartón pequeña atada con una pitilla de color azul, en la que hace un año había escrito: “Álvaro Barrios Duque ¡Presente! Tu profesora. Fonología Inglesa, Coty Vivanco T.”. Y en su lugar ató una nueva nota que volverá a reemplazar en septiembre siguiente.

Allí permaneció un momento con los ojos cerrados, abstraída del entorno festivo que pregonaba el ambiente. Como si acaso la música no pudiera tocarla, de pronto pareció rodeada de silencio, llenando con su propio vacío todos los espacios.

Historia de Amor

*Hoy. Ayer. Hoy. Hoy. Hoy. Mañana.
Reímos. Yo y mi amado reímos.
Juzgamos que nuestro “hoy” es el “Hoy”. Reímos, prolongándonos.
Así rieron mis abuelos, sin pensar que vendríamos.
Así reirán mañana otros abuelos, echándonos al olvido.
Si los pasados hoy son validos, este hoy también lo será siempre.
Si el nuestro vale, los demás son inexistentes,
¿Cuál es el “hoy” realmente único?.*

Hoy. Eduardo Anguita.

Paloma y Esteban eran compañeros de curso. Esteban había llegado al Liceo Experimental Artístico en 1997. Sólo coincidieron ese año, y entonces fue suficiente. El gusto mutuo de los niños surgió casi de inmediato. Entre recreo y recreo fueron acercándose a tal punto que, luego de unas semanas, decidieron compartir el banco dentro de la sala de clases. Los meses corrieron rápido, veloces como el cariño ingenuo de ambos que, durante todo el andar de aquel sexto básico compartido, no recibió más estímulos que cartas y miradas cómplices y silenciosas. En diciembre de ese año, los padres de Paloma la cambiaron de colegio y Esteban la despidió mostrándole su pequeño brazo en donde se había rayado en toda su extensión el nombre de ella con la ayuda de un plumón. Le pidió un beso que no se concretó y así, sin más, dejaron de verse.

Varios años más tarde, Paloma y su papá Germán revisaban algunas fotografías del pasado. Una de ellas, la foto de curso de 1997, llamó la atención del hombre. “¿Quién es ese?” Le preguntó a su hija, “El Esteban, ¿te acuerdas que te hablaba de él?”. No, no lo recordaba, pero había algo en la cara de ese muchachito que lo confundía tremendamente. Bajo la imagen, los nombres de los niños lo ayudaron a ahuyentar el desconcierto.

Esteban Berríos Echeverría. Y entonces sí lo supo, “¡Es el hijo del Juan, del Juanito Berríos, el mejor amigo de tu tío Álvaro!”.

Paloma dio con Esteban por Internet. Le escribió un mensaje que a las pocas horas éste le respondió con el número telefónico de su padre, a quien Germán llamó aquella misma noche, quedando ambos de reunirse días después.

El amor tiraba, la sangre tiraba, y el reencuentro entre Juan y Germán fue tan mágico como aquel no casual apego entre Paloma y Esteban, herederos del cariño abrasador que se tuvieron Álvaro y Juan.

Germán entró a un bar regado de gentes que disfrutaban de un concierto estrecho. Buscó entre las cabezas que le daban la espalda, aquella con que la debía reunirse esa noche. Era la de Juan Berríos, el mejor amigo de su hermano y compañero de militancia durante la época universitaria. Entre el humo de los cigarrillos y la plateada oscuridad de las sombras, apenas podía distinguir dimensiones, colores, ropas.

Fue un gesto, un gesto de Juan, un gesto emanado de la nuca de Juan, lo que lo identificó. Germán recordó, en el movimiento de ese cabello grisáceo, el mismo proceder de una entonces cabellera larga y castaña que tantas tardes vio irrepitadamente en las casas de Vivaceta y Altamirano. Se acercó a él. Era Juan. Juanito Berríos, hecho un viejo de 67 años, que se volteó cuando Germán dejó caer su mano en el hombro del hombre.

Juan y Germán bebieron una cerveza en otro local con menos bulla y más asientos. Conversaron gran parte de la noche. Resumieron en horas lo que habían traído y llevado los años. Después, caminaron juntos por Pío Nono casi a la medianoche. “Yo estoy convencido que gracias al silencio de tu hermano yo sigo en esta vida. Nunca he conocido a otra persona que ame tanto a la humanidad como lo hacía él. Él la amaba, era un revolucionario, un hombre completo, con una postura ante la vida totalmente evolucionada. Yo, en cambio, quería llegar a ser como él” le dijo Juan a Germán.

Fotografías



La familia en 1959
Germán Grunert (en brazos), Tito Grunert, Sarita Duque y Álvaro Barrios.



Sarita y sus hijos en 1965
Álvaro Barrios, Sarita Duque y Germán Grunert (abajo).



Álvaro y Germán en 1962

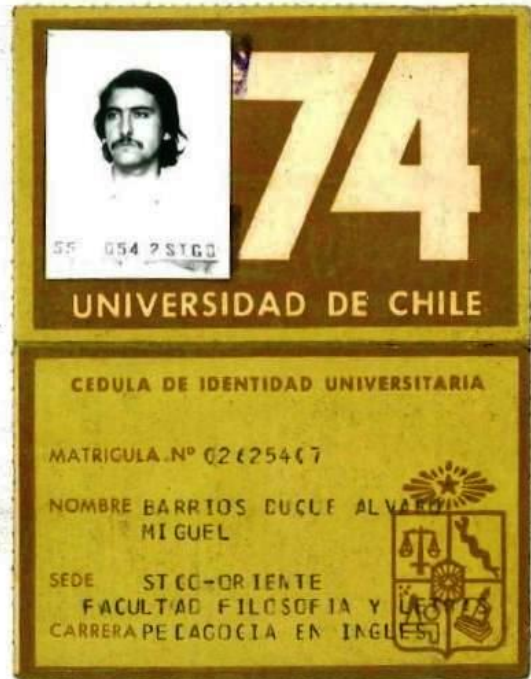


Sarita y Álvaro

En 1949 (izquierda). En 1957 (derecha).



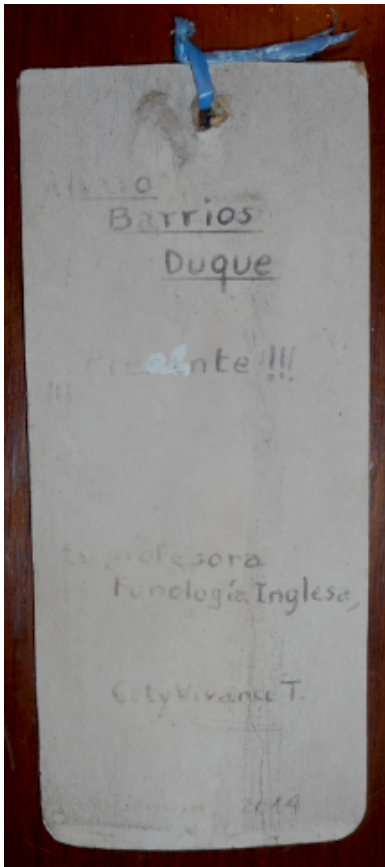
Álvaro a los 17 años, 1965



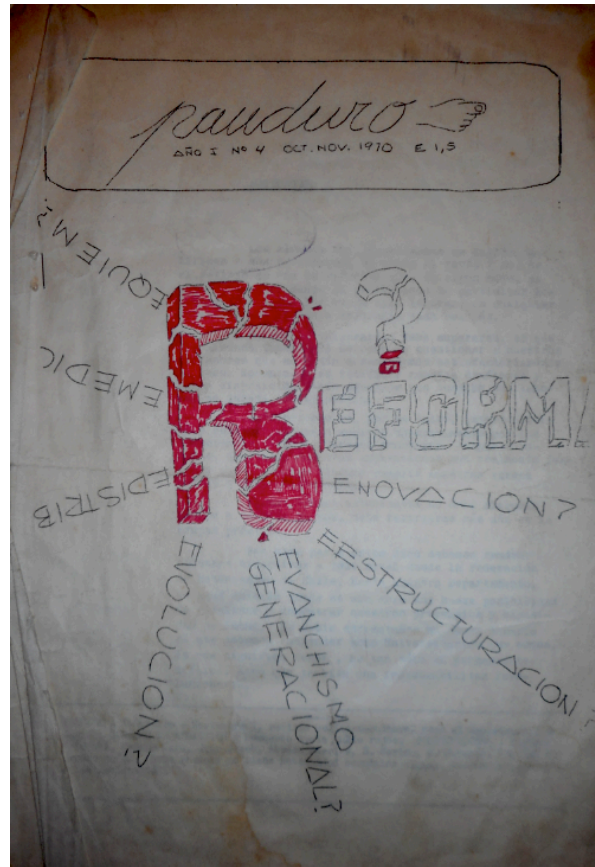
Carnet universitario de Álvaro, 1974



Cartel que Álvaro y Germán confeccionaban en el momento en que Álvaro fue detenido, 15 de agosto de 1974



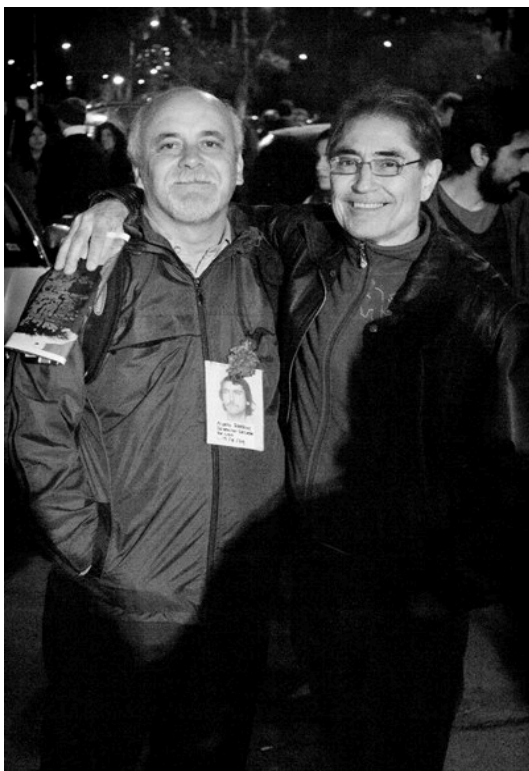
Nota que *miss* Coty dejó en el memorial de Detenidos Desaparecidos y Ejecutados Políticos de la Universidad de Chile en el campus Juan Gómez Millas en 2014
Álvaro Barrios Duque. ¡¡¡Presente!!!
Tu profesora de Fonología Inglesa,
Coty Vivanco T. Septiembre, 2014.



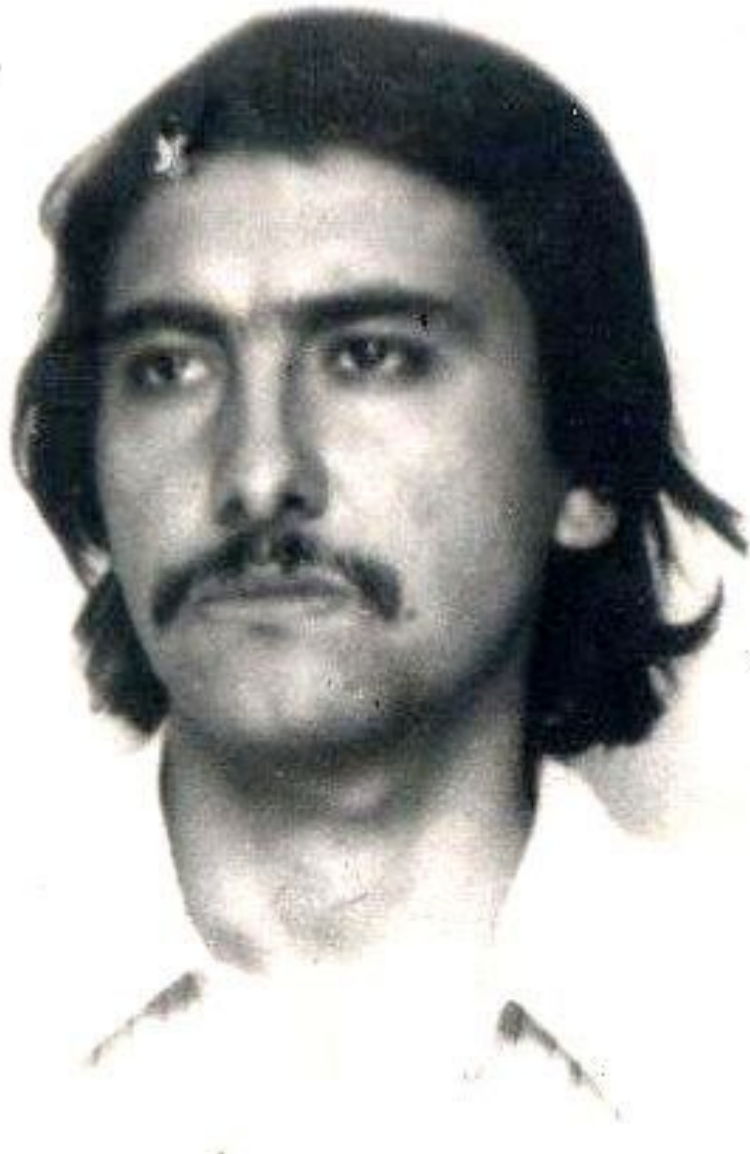
Revista Panduro, octubre-noviembre, 1974
Requiem? Reforma? Renovación?
Reestructuración? Revanchismo generacional?
Resistir, Remedio.



Julio Cañas y Germán Grunert (polera gris) en su encuentro fortuito, afuera de Londres 38
Enero, 2014.



Germán Grunert y Juan Berríos
Velatón Estadio Nacional, 11 de septiembre, 2014.



Álvaro Miguel Barrios Duque en marzo de 1974, a la edad de 25 años

El Encuentro

La plaza

*Te mataron y no nos dijeron donde enterraron tu cuerpo
pero desde entonces, todo el territorio es tu sepulcro
o más bien, en cada palmo de territorio nacional
en que no está tu cuerpo, tú resucitaste.
Creyeron que te mataban con una orden de fuego
creyeron que te enterraban
y lo que hacían era enterrar una semilla.*

Epitafio para la tumba de Adolfo Báez Bone. Ernesto Cardenal

Hasta ese día, la plaza Hualpín era como todas las plazas de alguna esquina de barrio ciudadano: una calle dividida por dos grandes extensiones de pasto, cercados por los muros de las casas vecinas y algunos altos árboles en los que aún se enredaban frágiles cuerpos de volantines muertos. Por las tardes, los adolescentes que llegaban a tenderse en ella fumaban tabaco y marihuana, bebían cerveza riendo en voz alta en medio del paso de pelotas, niños y perros. Pero aquella tarde, hubo algo distinto: en una de las murallas apareció, pintada entre retazos suaves, la cara de un hombre.

Durante toda la mañana, Germán, junto a la muralista Camila Farias, amiga de su hija mayor, habían retratado a Álvaro Barrios, quien desde sus ojos quietos recibía los ojos de los visitantes: adolescentes, pelotas, niños y perros. La nueva presencia no pasó desapercibida entre los vecinos. Varios salieron de sus casas y se acercaron a los ladrillos para tocar la pintura entibiada por el sol.

Al día siguiente Juan Berríos llegó temprano. Con la cara de Álvaro pintada de colores como telón de fondo, él y Germán ordenaron las sillas, instalaron un micrófono, tendieron un par de mesas, colgaron una bandera del MIR y otra de Chile, y esperaron.

La preparación no estuvo exenta de torpezas, detalles pequeños arrebujaos por la inexperiencia, por la emoción que pendía de quien realizaba por primera vez un acto público en memoria de su hermano. La convocatoria fue masiva, más de treinta personas se reunieron la tarde del 15 de agosto de 2015 a recordar los 40 años de la desaparición de Álvaro Miguel Barrios Duque.

En la plaza Hualpín, colindante con la casa de sus hijos en la comuna de Peñalolén, Germán decidió conmemorar el aniversario de la desaparición de su hermano, la misma fecha que un año antes vivió de manera íntima frente al memorial de los Detenidos Desaparecidos del Cementerio General. Esta vez el asunto fue distinto, hubo música y muchas voces, voces de familiares, amigos, ex compañeros de curso y vecinos; anónimos que acudieron a la convocatoria que Germán realizó en un grupo de ex miristas con el que estableció contacto a través de redes sociales. Estaba Enrique Merino, estaba *miss* Coty, estaba Esteban Berríos y su padre, Juan.

La ceremonia fue emotiva y extensa. Se leyeron poemas escritos por Álvaro, hubo palabras elaboradas y palabras espontáneas. Germán encabezó el acto, con una cara que iba jugando entre la alegría y la pena, conteniendo a veces una lágrima, dejando escapar la risa entre los dientes, al contar anécdotas de la infancia mutua, al compartir reflexiones escondidas, y leyendo luego los últimos versos escritos por su hermano. “Dedicado a quienes ya habían partido, a quienes ya iban quedando en el camino. Es un poema muy lindo, porque está escrito dos semanas antes de lo que ocurrió con él. Y se llama Canción de los hermanos perdidos” dijo la voz de Germán, emanando por un pequeño parlante.

Canción de los Hermanos Perdidos

Álvaro Barrios Duque

Desde la noche, noche
de las calles del sur
se han ido desprendiendo
uno por uno, uno por uno

como pequeñas cosas olvidadas
uno de a uno,
como pequeños hechos sucedidos.

Y sin embargo,
se han llevado consigo
parte, parte
de la sangre mía.
Y sin embargo,
he volado con ellos
lo mejor o lo más puro de la vida.

¡Hermano Víctor!
Para decir canción y todo
el sur de la patria desparramado
por el cuerpo del hombre,
y todos los mañíos y todos los hualles
y todos los trigales y sauces
y todo el olor de la tierra
condensado en la actitud de los hombres morenos
que crean la vida con sus manos.

Para decirlo todo definitivamente
tendremos que apelar a tu nombre
para decir gorrión,
para decir amor al hombre,
para decir milagro,
que no viene de nada sino de nosotros mismos
para decir canción,
para decir por qué no debemos temer
pues ahora somos tantos.

Para decir la razón que escondía tu guitarra
que es la misma razón que viaja en la camisa de todos los obreros
para decir corazón como lo dijo Amanda
para decir ¡Yo! Como lo supo decir Angelita Huenumán.

Para decirlo todo definitivamente
¡Hermano Víctor cantaremos tu nombre!

Sandino y Bárbara, dos jóvenes de la Universidad de Chile, sumaron al encuentro su guitarra y sus voces dando vida a “El cigarrito”, la canción favorita del homenajeado. Carola, hermana de Nana, la ex mujer de Germán, compuso y cantó para Álvaro el tema “Desvanecido”, que esa tarde sacudió a la plaza entera.

Cuando el cielo hizo cambiar los colores de la plaza, Juan tomó el micrófono y habló. “Creo que Álvaro vuelve a vivir un poco a través de nosotros, al mover quizás, en alguna medida los hilos del destino de cada uno de nosotros. Hace un par de meses, un poco más o menos, y después de muchos años yo me reencuentro con su hermano Germán, ¿Por qué?, no sé. Cuáles fueron las circunstancias que finalmente hicieron que nos reencontráramos en medio de toda una dinámica que tendía a revivir a Álvaro en la memoria de los demás, ya que en la nuestra nunca ha muerto, en la mía jamás ha muerto. Yo no quería hablar hoy día porque me cuesta, me cuesta expresar todo lo que yo sentía, todo lo que yo siento por Álvaro. Yo recuerdo a un muchacho joven lleno de rigor, lleno de pasión, a un muchacho que tenía un amor increíble por la humanidad. Yo admiraba a Álvaro, él fue el hermano que yo nunca tuve, él fue para mí una guía, a pesar de que yo fuera mayor que él. Él era muy joven, y sin embargo era un joven excepcional desde mi punto de vista. Era alguien que dejó huellas entre sus amigos más cercanos”, contó Juan.

Relató además el último día en que vio a su amigo, “Yo me despedí de Álvaro para juntarnos al día siguiente, el 15, que era feriado igual que ahora y siempre, para seguir

trabajando en un par de cosas. Él me dijo que prefería saltarse ese día y que nos juntáramos al día subsiguiente para continuar con nuestra amistad, continuar con el trabajo que hacíamos. Él quería pasar el día con su familia y con su señora, con Gabriela. Yo accedí a esto sin saber absolutamente nada de lo que finalmente pasó ese día maldito. Cuando yo fui el día 16 a su casa, la Sarita me dice que se habían llevado a Álvaro. Desde entonces, Álvaro ha vivido en mi corazón, en mi memoria, tal cual yo lo conocí, y seguirá viviendo ahí por siempre. Álvaro no ha muerto, Álvaro está con nosotros, está en cada uno de ustedes. Eso es lo único que puedo decir, no quiero extenderme más. Espero que cada uno de nosotros se lleve este recuerdo, se lleve este día, no como un día triste sino como un día más de esperanza, la esperanza que tenía Álvaro de lograr un mundo mejor, de lograr una sociedad más justa, más equitativa. Ojalá su pensamiento fructifique en las acciones que vendrán más adelante”.

Antes de recoger las sillas esparcidas sobre el pasto, Germán pidió la palabra a los presentes. Una mujer se acercó al micrófono con timidez, contó que vivía en una casa que señaló con el dedo y dijo que ella no conocía en persona a sus vecinos ni que tampoco podía imaginar que compartían una historia. “Mi padre es ejecutado político, es Augusto Carmona, a él lo mataron y nosotros supimos de su muerte, recibimos su cuerpo, lo enterró su familia. Nosotras con mi madre estábamos clandestinas, no estuvimos en su funeral. Pero con todo el dolor que nosotros llevamos como familia, siempre he pensado qué terrible es decir ‘por lo menos yo sé que está muerto, por lo menos yo lo enterré’. Mi solidaridad enorme con todas las familias de los Detenidos Desaparecidos, me imagino lo inconmensurable que es ese agujero que te queda”, y siguió “Cuando ayer llegaba con mis hijos del jardín, vimos este mural y fue como ¡Guau! porque nunca se había hecho algo así acá. Y yo lo que quiero es felicitarlos por recuperar los espacios públicos, por hacer vida en el barrio, por hacer propios estos espacios, compartir. Yo creo que eso es parte del espíritu de todos los luchadores sociales, y eso es súper importante. Yo estoy muy contenta por esto y espero que ojalá también cada uno pueda hacer cosas similares en su barrio: cosas relacionadas con la memoria, cosas relacionadas con celebraciones, cosas con los niños; cosas de barrio, en definitiva, que es lo que nos ayuda a reconstruir tejido social y a conocernos. Yo ayer no sabía bien quién era él y subí la foto a mi

Facebook. Así que eso, mi alegría también de haberlos conocido, de haber conocido a Álvaro Barrios”, dijo la mujer.

La ceremonia acabó con aplausos, con un beso apretado entre Juan y Germán. Alguien gritó “¡Compañero Álvaro Barrios!” y otros lo siguieron “¡Presente! ¡Ahora y siempre, ahora y siempre! ¡Siempre!”.

Esa tarde fue muy significativa para Germán. Fue como si de pronto, un montón de cosas pendientes se le hubiesen rajado de raíz. Una sensación que creyó ver también en todas y a todos los que se dieron cita en aquel encuentro, abriéndose desde adentro hacia fuera.



Eva Carmona con Edu BerBra y 5 personas más.

14 de agosto de 2014 · 🌐

Ahora, llegando a casa, en la placita del frente, nos esperaba la memoria... No se exactamente quien fue Alvaro Barrios Duque, pero sé que es un compañero... Los jóvenes que se reúnen siempre allí cuentan desde hoy con una nueva presencia; mis hijos y sus amiguitos con nuevas lecciones a través de mis palabras que acompañaron la lectura del mural y el sacarle fotos; reacciones sobrecogedoras, incómodas, curiosas, de todo más no indiferencia. Fue impactante para todos los que llegábamos encontramos con él, y a través de él, con todos. No sé tampoco quién hizo el mural, al parecer un hombre y un joven, me alegro muchísimo, gracias, de corazón. Compañero Alvaro Miguel Barrios Duque PRESENTE, ahora y Siempre!!!



Anochece

El día acaba

Se cierra la puerta

La hija de don Francisco fue capturada en la sierra de Chuacús. En la madrugada, un oficial del ejército de Guatemala la arrastró hasta la casa de su padre, y encaró a don Francisco:

-¿Está bien lo que hacen los guerrilleros?

-No -dijo don Francisco-. No está bien.

-¿Y qué hay que hacer con ellos?

Don Francisco calló.

-¿Hay que matarlos?

Don Francisco seguía callado, mirando el suelo. Su hija estaba de rodillas, encapuchada, maniatada, con la pistola del oficial clavada en la cabeza.

-¿Hay que matarlos? -insistió el oficial.

Quizás don Francisco quiso decir: no, pero ninguna palabra le salió de la boca.

Y siguió callado, con los ojos clavados en el suelo.

Antes de que la bala volara la cabeza de la muchacha, ella lloró. Bajo la capucha, lloró.

Lloró por él.

Parte de guerra. Eduardo Galeano.

“Hola, ¿está tu hermano?” fue lo último que Germán le escuchó decir a Patricio Álvarez Poblete, el amigo de Álvaro que ese 15 de agosto de 1974 llegó a buscarlo para entregarlo a la DINA. Germán fue quien abrió la puerta, y con eso abrió también todos los horrores. La idea de encontrarse con él siempre le significó volver a repetir una y otra vez la historia que ya, de por sí, se le repetía. Desde ese día, todos los días de ese año y de los años siguientes, fueron 15 de agosto de 1974.

De Patricio siempre supo poco. Que logró terminar su carrera de Medicina en la Universidad de Chile, que se casó y tuvo hijos, que se hizo psiquiatra. Pero a Germán

sólo le bastaba saber una cosa: que estaba vivo, y que eso había sido por entregar a su hermano, el día en que él le abrió la puerta. “Yo siempre sentí una especie de animadversión natural por esta persona. Mucho resentimiento. Él es la persona que fue a buscar a Álvaro, es la persona que entregó el domicilio de Álvaro, la persona que acompañó a los agentes de la DINA ese día”, recuerda Germán.

Después de todo lo andado, Germán se decidió a buscar a Patricio. Lo encontró por internet. Tenía una consulta particular en donde atendía a sus pacientes. Y lo llamó. Luego de mucho insistir, le contestó una grabadora con la voz de Patricio que, a pesar de los años, sonó igual a esa incipiente tarde en que lo escuchó decir “¿Está tu hermano?”, una pregunta que, irónicamente, se volvió acaso la eterna y única pregunta. “Patricio, mi nombre es Germán, hermano menor de Álvaro Barrios. No sé si te acuerdas de mí, soy quien te abrió la puerta ese día 15 de agosto de 1974. Te llamaba para conversar contigo. En la actualidad estoy tratando de saber más sobre mi hermano y me interesa que puedas darme tu punto de vista en lo sucedido. Si puedes, devuélveme el llamado por favor”, le dijo en el mensaje.

Patricio Álvarez hoy tiene 62 años. Es médico psiquiatra con especialidad en terapia familiar orientada a niños y adolescentes. Tres semanas después del registro que encontró en su grabadora, Patricio devolvió la llamada. Ambos quedaron de juntarse en la consulta privada del médico, en el octavo piso de un bonito edificio de Las Condes. En el ascensor, Germán permanecía en silencio, mirando su reflejo en uno de los espejos. Inmóvil, mordiéndose el labio superior con los incisivos.

Lo primero que vio Germán, luego de golpear la puerta, fue aquella misma cara más envejecida, los mismos ojos bajo el peso de párpados rugosos, y el cabello color tiza. Era Patricio. Llevaba lentes y un chalequito rojo por el que se le escapaban las solapas rosadas de su camisa. Cargaba una mueca extraña, una mezcla indescifrable de emociones. Germán no sacó las manos de sus bolsillos para saludarlo cuando éste lo invitó a pasar. Las paredes de la oficina del psiquiatra eran de color damasco y colgaban

en ellas varios diplomas enmarcados. El resto de los espacios se debatían entre muebles, plantas y sillones. En uno de ellos se sentó Germán; en otro, Patricio.

Éste último, no dejó de sonreír. Era una sonrisa extraña, muy parecida a la inquietud. Germán, en cambio, permaneció serio y remoto. Con esa frugalidad, le avisó al médico que registraría el encuentro y echó a correr, sobre uno de los brazos de la butaca, una pequeña grabadora de voz.

Sin mayores explicaciones, la conversación se inició de sopetón, cuando Germán le preguntó por ese día, aquel que hoy los tenía sentados, mirándose las caras nuevamente, después de 41 años. Pero Patricio quiso ir más atrás y le contó el prelude que lo llevó a tocar la puerta de la casa de Álvaro. “Cuando me fueron a buscar a mi casa, el 14 de agosto, me oriné en los pantalones. Pasé en Londres 38 la noche del 14 al 15, y esa mañana, después de un interrogatorio, me dijeron que necesitaban que los llevara a la casa de tu hermano. Se suponía que como éramos conocidos y, de alguna manera amigos, él no iba a desconfiar de mí. Era, básicamente, aparecer como un rostro conocido frente a él, de manera que no tuviera una reacción de desconfianza. Y efectivamente la primera reacción de tu hermano al verme, fue una sonrisa”, le contó Patricio. Germán se mantuvo en silencio un momento y luego dijo “De hecho, yo te abrí la puerta”, “Tú nos abriste la puerta, tú lo fuiste a buscar”, le siguió médico.

Patricio y Álvaro se habían conocido en el Centro Cultural Vivaceta. Aunque el primero era simpatizante socialista y el segundo un militante mirista, poco importaban las banderas cuando en ellos primaba el trabajo de un sueño común. Germán recuerda el día en que su hermano le pidió ayuda a él y a René para trasladar materiales que permitieran reparar algunas fallas de aquella pequeña casa de calle Freirina, y así poder transformarla en el centro cultural que, tiempo después, fue el punto de partida para atrapar a los jóvenes militantes de la población.

Durante toda la conversación, Patricio le insistió a Germán que fue Luz Arce la que entregó a su hermano, y no él, que él sólo debía señalarles donde vivía y luego sacarlo de

su casa. Arce contó, en su declaración judicial, que días antes, mientras era torturada en Londres 38, recibió un lápiz y una hoja de cuaderno de manos del brigadier del Ejército, Miguel Krassnoff Martchenko. “Voy a ir a tomarme un café, a la vuelta quiero ver nombres en ese papel” le dijo a la muchacha. Cuando Luz, azorada por los golpes, le extendió la hoja a Krassnoff, iba el nombre de Álvaro Barrios Duque.

“Al detenerse la camioneta, inmediatamente los agentes tomaron posiciones. En la esquina algunos, otros detrás de los árboles que había entre la camioneta y tu casa, con armas en las manos, listos para disparar”, le contó a Germán. “Cuando salió, y caminamos unos pasos, yo le dije ‘Álvaro, te van a detener’, y él enmudeció. Vi cómo se puso duro, tenso, hizo una mueca, enmudeció”, repitió Patricio. “Los agentes salieron de sus puestos, y a pocos metros de la casa, lo hicieron volverse, lo esposaron con las manos atrás, le pusieron *scotch* en los ojos, después lo vendaron y lo echaron a la parte trasera de la camioneta”.

Patricio y Luz subieron a la cabina delantera. El vehículo volvió a emprender marcha, y durante varios minutos recorrió algunas de las calles del barrio buscando a otros militantes, trayecto que desembocó en la casa de Julio Cañas. “El Julio estaba afuera de su casa, tomando un poquito de sol. Pararon la camioneta, lo vendaron y lo echaron adentro también, junto a Álvaro y otros detenidos”, siguió el médico. Hubo en Germán un leve semblanza de satisfacción cuando lo interrumpió para revelarle que Julio había sobrevivido a esa jornada, que había sido exiliado a Canadá, que hoy estaba vivo, que eran amigos.

“¿Tú te sientes un delator?”, le preguntó entonces Germán, con la mano derecha empuñada sobre el mentón, y el brazo izquierdo sirviéndole de mástil en ese gesto contenido, reprimido, hondamente tenso. “Durante mucho tiempo me sentí un delator. Y fue terrible, me avergonzaba. Me sentí absolutamente culpable e impotente, porque es terrible ir en busca de compañeros, sin tener tampoco por otro lado una real alternativa para no hacerlo”, le contestó Patricio. Esta respuesta a Germán lo sorprendió, desató sus brazos aprisionados y se incorporó haciendo mullir el sillón. “¿Por qué lo hiciste?” lo

increpó levantando levemente la voz. “La verdad es que no podría haber hecho otra cosa en ese momento”, reflexionó Patricio, “A lo mejor podría haber hecho algo así como de héroe y decir ‘No, yo no estoy dispuesto, de ninguna manera voy a entregar a un compañero’. Seguramente me hubieran matado. Yo no era capaz de hacer eso. En ese momento, siendo interrogado varias horas, golpeado, insultado, con una sensación de completa indefensión, no hay mucha alternativa”, concluyó. Patricio entrecerraba los ojos cada vez que abría la boca, queriendo encontrar las respuestas en las paredes de su cabeza. “¿Aún sabiendo que eso podía costarle la vida a mi hermano?”, siguió Germán. “Tendría que decirte que sí. Tal vez todo el tiempo quise creer que él podía salvarse igual como me estaba salvando yo en ese minuto”, le confesó. “¿Entregando a otra persona?”, “Eventualmente, por qué no”, contestó de súbito Patricio, en un tono de voz confuso, como si aquello que acababa de decir fuese tan natural, tan obvio, tan supuesto. Como si nunca hubiese habido acaso otra manera de proceder.

Para Sarita Duque, Patricio siempre fue un traidor. Cada 15 de agosto de cada año, llamaba a la casa de los Álvarez para intentar hablar con él. Pero quien se interponía al otro lado del teléfono, evitando que el propósito se concretara, era la mamá del muchacho. Daba igual, era ella quien recibía la rabia de Sarita, la impotencia de Sarita, la desesperación de Sarita. De madre a madre. Y es con ella, con Sarita, con quien Patricio aseguró mantener una deuda eternamente. “Siempre la tuve a ella más presente, porque era la que más aparecía. Y ese dolor es algo que voy a llevar siempre. Me duele mucho, siempre me ha dolido mucho la muerte de Álvaro. Es la muerte más cercana que tengo de estas horribles circunstancias que fueron todos los años de la dictadura. Mi dolor respecto de la muerte en dictadura es Álvaro, siempre va a ser Álvaro, y todos ustedes como familia”, le dijo a Germán, mirándolo tan fijamente, que pareció querer mirar detrás de los ojos de Germán, buscando tal vez los ojos de Sarita, buscando tal vez los ojos de Álvaro. “Tú te convertiste en una persona muy odiada por nosotros. Para nosotros fue un proceso que tú no te imaginas, fue una cosa que no tiene nombre. Conversar contigo es importante para mí porque no es solamente lograr averiguar cosas específicas, sino también poder enfrentarme a un pasado que tiene una carga muy dolorosa. Es poder mirarte a la cara y conversar con la persona que por mucho tiempo fue blanco de una

rabia incontenible. Y cuando te digo esto no te estoy expiando de ninguna culpa.”, le respondió Germán, acreditando la autoría de esos ojos. “Lo sé, lo sé”, contestó Patricio mirando entonces el suelo, guardando silencio.

“¿Qué le dirías a Álvaro si tuvieras la oportunidad de decirle algo?” fue la última pregunta que Germán le hizo a Patricio. Éste, no se la esperaba. Permanecía con la cabeza inclinada y cuando la oyó, se irguió, y lanzó un suspiro largo que exhaló por la boca. Apuntó su mirada al frente, a un punto muerto que pareció estar más allá de la habitación, más allá de la ventana, más allá incluso de la misma ciudad. “Lo primero; lo abrazaría, a propósito de todo lo que haya sufrido”, dijo, y por primera vez Germán vio la pena en sus ojos. Patricio volvió a enmudecer, y entonces miró hacia arriba. “Lo segundo; le pediría perdón... si pudiera perdonarme. Por haber estado ahí. Por haber sido parte”, respondió con tristeza, moviendo la cabeza de un lado para otro, y levantando los hombros con suavidad, como lamentándose de su propio designio, como queriéndole decir al pasado de sí mismo que no había más que hacer.

El tiempo se sucedió caótico e irónico. A Germán le pareció que Patricio, mucho más que él, era quien desde hace 41 años estaba esperando por esos sesenta minutos. Cuando se despidieron, entonces sí le extendió mano. Éste se apuró en responder el gesto, y estrechó la palma del hermano de Álvaro agitadamente. Ambos se agradecieron de manera escueta antes de que Germán cruzara la puerta y se marchara cerrándola por fuera.

Mientras bajó por avenida Apoquindo, alejándose a cada paso de la oficina de Patricio, Germán iba pensando en el médico, en su actitud de hombre devastado por sus propias circunstancias, un hombre cuya lenta y creciente tortura personal había sido incluso con los años más lapidaria que la física y ajena. Un hombre con la mirada apagada y detenida en la culpa, en el miedo; anhelando más que todo y desesperadamente, la benevolencia por sobre el perdón; queriendo contestarle a Germán todo lo que él quisiera saber; queriendo recibir de él todo lo que mereciera escuchar. Germán decidió evitar el metro, y caminar, y caminar, y caminar, hasta que se hizo de noche.

Epílogo

El casco blanco

*Soy feliz, soy un hombre feliz,
y quiero que me perdonen por este día los muertos de mi felicidad.*

Pequeña Serenata Diurna. Silvio Rodríguez.

Una tarde, a principios de agosto de 2015, Germán se subió a su bicicleta y pedaleó hasta José Domingo Cañas 1367, a nueve cuadras de su casa. Su intento por trabajar ad honorem en Londres 38 no había sido fructífero. Ante la negativa, aducida por falta de cupos, Germán decidió visitar la Casa de la Memoria José Domingo Cañas, por la que hasta 1974 pasaron 54 detenidos, todos militantes o simpatizantes del MIR, cuando entonces era llamada por la jerga militar como Cuartel Ollagüe.

“Desde hacía mucho tiempo que quería participar en una agrupación o colectivo del ámbito político social”, cuenta Germán. Era un asunto pendiente, tal vez de años, cuando no quería, o ciertamente no podía, acompañar a su mamá o a René en las actividades de la Agrupación de Familiares de Detenidos Desparecidos. Ese día, Germán conversó largo rato con los encargados del lugar, y se inscribió como voluntario, pasando a formar parte de la Comisión de Observadores de Derechos Humanos de la casa. En la primera reunión, el equipo con el que comenzó a frecuentarse todos los lunes a las siete de la tarde, le entregó una credencial que lo identificaba como observador de los Derechos Humanos y un casco blanco con las siglas D.D.H.H. Su trabajo en las manifestaciones sociales sería fiscalizar los procedimientos policiales, registrar y denunciar posibles abusos, y prestar ayuda a las personas detenidas o heridas que pudieran resultar en ellas. Pero antes de su debut en las calles, la primera actividad en la que participó fue el 15 de agosto de 2015, cuando el grupo se reunió en una de las riberas del río Mapocho para pintar uno de sus muros por el aniversario de la fundación del MIR. Esa mañana, que coincidía con los 41 años de la desaparición de Álvaro, Germán estuvo con sus hijos en el Cementerio

General, escuchando la voz del cantautor Francisco Villa en el funeral de Juan Antonio Trujillo Lucero y Santiago Morales Inostroza, dos militantes miristas que ese día fueron enterrados junto a Miguel Enríquez y otros compañeros en la bóveda del movimiento.

Aún llevaba prendida en el pecho la fotografía en blanco y negro de su hermano, que portó durante el entierro matutino, cuando llegó junto a sus hijos a la ribera para pasar el resto de la tarde grabando de colores los costados del cauce.

Los días en la Casa de la Memoria José Domingo Cañas corrieron como el agua que corre dentro del río: veloces, ceñidos, incesantes. Hubo reuniones, actividades, lecturas, caras frescas, historias correspondidas, frecuencias distintas que empujaron a Germán a levantar ideas nuevas cuando abría la boca al hablar con Juan o con sus hijos.

El 13 de septiembre de 2015 Germán guardó su cámara de fotos en la mochila que colgó en su espalda, rodeó su cuello con la credencial y sujetó en su cabeza el casco blanco. Era la primera vez que trabajaría como Observador en las calles. Se reunió en el Metro Los Héroes con el resto del equipo convocado para resguardar una nueva romería hacia el Cementerio General, como cada año se realiza en memoria de las víctimas de la dictadura chilena. Fue acompañado durante el primer trecho, después siguió solo, cuando la avenida Recoleta se transformó en un pila de agua, lacrimógenas y piedras.

Germán corrió al paso de un grupo de muchachos, disparó con la cámara a los rostros y nombres de funcionarios de Fuerzas Especiales que detenían con violencia a algunos manifestantes, y permaneció con los ojos abiertos a todo lo que podía sucederse. En la esquina de Recoleta con El Salto, un joven fue herido durante el enfrentamiento con Carabineros. Un chorro de sangre le caía por el brazo mientras se encontraba en el suelo, arrodillado de dolor. Germán lo levantó y lo llevó hasta las pérgolas techadas que circundan el Cementerio. De la mochila, sacó un rollo de gasa, con la que cubrió la herida después de limpiarla. El muchacho se dejó conducir, sabía que el hombre del casco blanco no estaba allí sino para ayudarlo. Y de eso, el hombre del casco blanco, también tenía certeza.

Más allá del trabajo en cada movilización, los observadores hacían un ejercicio aún más profundo, del que Germán se sentía cada vez más parte. El ir y venir pedaleando por José Domingo Cañas se hizo constante y fue su entrega la que lo llevó a formar parte del grupo también ante denuncias de violencia en otros lugares, como en la población La Legua de San Joaquín o la localidad de Tirúa en la región de la Araucanía; espacios organizados que visitó en representación del equipo, y en los que pudo conocer a jóvenes, hombres y mujeres dirigentes, cuyas historias lo conmovieron profundamente.

Gracias a la organización conoció, además, a Dago Pérez, hijo de Lumi Videla, la joven mirista que en 1974 murió bajo tortura en José Domingo Cañas y cuyo cuerpo sin vida fue arrojado por agentes de la DINA a los jardines de la Embajada de Italia. También conoció al periodista Mauricio Weibel, quien acompañó al grupo de Observadores de Derechos Humanos en algunas manifestaciones para realizar el reportaje “Abuso policial: 101 casos” del programa Informe Especial de TVN. Conoció a la activista mapuche Patricia Troncoso, la “Chepa”, que en 2007 permaneció 100 días en huelga de hambre defendiendo su inocencia ante una sentencia de 10 años por el incendio de una iglesia. Conoció a Félix Avilés, que se integró al equipo luego de que su hijo Rodrigo, estudiante de Literatura de la Universidad Católica, fuera investido por el chorro de un carro lanza-aguas que lo dejó al borde de la muerte durante las manifestaciones del 21 de mayo de 2015, en Valparaíso. Conoció a Mirna Salamanca, la mamá de Ricardo Palma Salamanca, el frentista que en 1991 asesinó a Jaime Guzmán, y quien se encuentra prófugo desde que en 1996 escapó de la Cárcel de Alta Seguridad, a bordo de un canasto que, colgando de un helicóptero, trazó de manera inolvidable el cielo de Santiago.

Las actividades se desperdigaron abriendo vastas holguras de trabajo. Entre 2015 y 2016, Germán participó de seminarios, charlas, foros universitarios, reuniones, visitas a tomas levantadas por estudiantes, y oficiando jornadas de formación dirigidas diversos grupos de activistas sociales. El casco blanco le abrió la cabeza, y luego entonces ya fue mucho más que un casco blanco.

Hoy

El hombre, en el sentido de esta palabra, en el sentido del ser que cumple su vida aquí, el hombre en mí cesaba y a todos los hombres hoy poblando el mundo, a todos cuantos los poblaron, acaso a todos los que se incuban para poblarlo después, a todos los vi alejarse, los vi haciéndome un quite en el espacio, para ellos seguir a suelazos con la tierra, para yo sorprenderme amalgamado, aspirado por otra conformación y otro destino.

Maldito Gato. Juan Emar.

La búsqueda emprendida tras los pasos de su hermano, el conocer aspectos y relatos, de personas que lo amaron en otros espacios, hicieron que para Germán, Álvaro dejara de ser la fotografía de un rostro en blanco y negro mirando eternamente hacia el costado, y se volviera un hombre poeta, un estudiante abnegado, un compañero generoso, un militante ejemplar; su hermano mayor, hoy su pequeño hermano de 26 años. Al reencontrarse con Álvaro en este camino, Germán también volvió a aparecer para sí mismo.

Apoiado en unas barandas blancas del aeropuerto Arturo Merino Benítez de Santiago, Germán no se saca los guantes para fumar un cigarro mientras mira el cielo arremolinado. Hace frío porque es julio, julio de 2016, de madrugada, y el día va naciendo a lo lejos de color azul oscuro. “En el año 2013, tomé la decisión de enfrentarme a este viejo sufrimiento y transformarlo en algo distinto, en algo sanador para todos. Álvaro, para mí, hace rato dejó de ser el ‘detenido desaparecido’ para convertirse en un ser bastante más sugerente, más vivo. Creo que el estigma de ser un detenido desaparecido es muy fuerte, y nuestros familiares, en tanto Detenidos Desaparecidos, se alejan cada vez más de ese ser humano que alguna vez conocimos. Nuestra obligación es sacarlos del socavón, extraerlos del mar y convertirlos nuevamente en la persona que fueron” cuenta.

Durante este último tiempo, Germán emprendió el proyecto de escribir un libro en el que, a través de las entrevistas y registros que fue recabando, narra la historia de su hermano. En él, ha incluido más de cincuenta poemas, además de extractos del diario de vida de Álvaro. En marzo de 2016, tomó un taller literario para atizar la pluma, y un curso de fotografía, su verdadera pasión de niño.

“Conocer a algunas personas y re-encontrarme con otras que compartieron con Álvaro ha sido una experiencia muy sanadora. Primero, me he dado cuenta que, para todos, sin excepción, Álvaro sigue siendo un asunto extremadamente sensible, lo que es bueno porque quiere decir que su recuerdo no ha podido ser borrado” dice Germán. “En estos tres años, la conversación con Patricio Álvarez fue uno de los hechos más reparadores. La dictadura y la represión no sólo asesinaron a nuestra mejor gente, también terminaron por aniquilar el alma de aquellos que se quebraron. Pienso que poder enfrentarlo ese día, entender todo lo que entendí después de salir de su estudio e incluso, entender que este encuentro podría ayudarle a él, también re-significó las cosas para mí”.

Germán exhala el último tifón de humo, apaga el cigarrillo y entra. “Quiero comprender que la vida es eso, que la humanidad desgraciadamente, se mueve y progresa a raíz de estos seres incautos que, de tanto en tanto, se rebelan y les da por transformar la realidad. Que no fue ni será la última vez que esto ocurra y que no faltarán los Álvaros en ningún lugar del planeta, dispuestos a ponerle el pecho a las balas. Lo importante de todo esto, es que ahora puedo acordarme de Álvaro sin sollozos ni llantos, puedo verlo más nítidamente a través del recuerdo más sobrio y sensato, de quien espera pacientemente el día del reencuentro”, dice.

En la sala de embarque lo espera a una mujer alta y delgada llamada Ximena, antiguo amor con el que se encontró en 2014 y con quien tomará un avión para irse a trabajar por un tiempo a Australia. Para despedirlo está Juan, su amigo. Están también los hijos de Germán: Paloma, Simona y Álvaro. Germán despegó.

Bibliografía

Libros

- GARCÍA CASTRO, A. (2011). “La muerte lenta de los desaparecidos en Chile”. Editorial Cuarto Propio, Santiago de Chile.
- PADILLA BALLESTERO, E. (1995). “La memoria y el olvido: Detenidos Desaparecidos en Chile”. Ediciones Orígenes, Santiago de Chile.
- VIDAL, H. (1996). “Dar la vida por la vida”. Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos. Mosquito Editores, Santiago de Chile.

Audiovisual

- CASTILLO, C., GIRARD, G. (directores). (1994). La Flaca Alejandra [Documental]. Chile, Francia: Ina / France 3 / Channel 4.

Digital

- LEYCHILE, 2015. Fija Norma de Universidades. [en línea] Página web de leyes chilenas. 18 de junio, 2015. <http://www.leychile.cl/Navegar?idNorma=3394>; [consulta: 16 agosto 2016]
- MEMORIA VIVA, 2015. Detenidos Desaparecidos en Chile. Archivo digital de las Violaciones a los Derechos Humanos por la Dictadura Militar en Chile (1973-1990) [en línea] Página web. 5 de abril, 2015. <http://www.memoriaviva.com/desaparecidos/desaparecidos.htm>; [consulta: 24 julio 2015]

Documentos

- Apelación de Álvaro Barrios Duque ante expulsión de la carrera de Pedagogía en Inglés de la Universidad de Chile. Santiago, 31 de mayo de 1974.
- Carta enviada por Germán Grunert al Rector de la Universidad de Chile, señor Víctor Pérez Vera. Santiago, 19 de noviembre de 2013.
- Fuentes, J. (2008). Declaración de Gabriela Zúñiga. Sentencia por el delito de secuestro calificado de Álvaro Miguel Barrios Duque. Noveno Juzgado del Crimen de Santiago. Rol 13.037. p.7.
- Sumario contra Álvaro Barrios Duque. Fiscal Coordinadora de la Sede Santiago Oriente, doña Ana María Palma. Santiago, 14 de mayo de 1974.
- Zúñiga, G. (1974). Querrela por presunta desgracia de Álvaro Miguel Barrios Duque. Noveno Juzgado del Crimen de Santiago. Rol 13.037. p.7.

Entrevistas

- Germán Grunert Duque, hermano de Álvaro Barrios Duque. 3 de octubre de 2013; Residencia, Santiago / 14 de agosto de 2014; Residencia, Santiago / 2 de julio de 2015; Residencia, Santiago / 24 de julio de 2016; Aeropuerto, Santiago.
- María Pardo, jubilada y arrendataria de la familia Grunert-Duque. 3 de octubre de 2013; Residencia, Santiago.
- Enrique Merino, profesor de inglés y ex compañero de curso de la Universidad de Álvaro Barrios. 2 de agosto de 2015; Residencia, Santiago.
- Clotilde Vivanco, profesora de inglés y ex profesora de Fonología de Álvaro Barrios. 11 de agosto de 2015; Residencia, Santiago.
- Patricio Álvarez, médico psiquiatra, amigo y ex compañero de Álvaro Barrios en el Centro Cultural Vivaceta. 17 de agosto de 2015; Consulta médica, Santiago.
- Juan Berrios, profesor de inglés y ex compañero de curso de la Universidad de Álvaro Barrios. 15 de noviembre de 2015; Pedagógico de la Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación, Santiago.

Anexo

Acciones legales y administrativas por el caso de Álvaro Miguel Barrios Duque

- El 19 de Agosto de 1974 se presentó Recurso de Amparo en su favor ante la Corte de Apelaciones de Santiago (rol 951-74). Con informe negativo de las autoridades, fue declarado sin lugar el 20 de Agosto de 1975.

- El 17 de Noviembre de 1976 se presentó querrela criminal por el delito de secuestro de Álvaro Barrios D. ante el 10° Juzgado del Crimen de Mayor Cuantía de Santiago, ordenando el juez la instrucción de sumario (causa rol 3.652-2). La autoridad - el señor Ministro del Interior - informó, el 26 de Noviembre de 1976, que Álvaro Barrios Duque “no registra antecedentes en esta Secretaría de Estado ni se ha dictado orden o resolución alguna que le afecte”.

- El 13 de Diciembre de 1976, a raíz de un oficio dirigido por el Tribunal a la DINA, el Ministro de Interior reiteró su negativa y agregó: “Por otra parte, debo manifestar a US. que este Ministerio por razones exclusivamente de seguridad nacional ha dispuesto que toda información de personas arrestadas o presuntamente detenidas, por infracción a las disposiciones vigentes sobre estado de sitio, se canalicen a través de este Departamento de Estado. En consecuencia, agradeceré a US. tener presente la circular No 22 de Junio último, de la Excma. Corte Suprema, atinge a la materia de que se trata y recabar directamente al infrascrito cualquier información al respecto”. En resumen, ni la DINA informó, ni el Ministerio del Interior aportó los antecedentes que correspondía dar. (Sobre el significado y alcance jurídico de la “disposición” del Ministerio de Interior y circular No 22 de la Corte Suprema no cabe aquí pronunciarse, pero en lo formal, ella excluía expresamente los “casos especiales...” Al parecer, la evidente detención de una persona, seguida de su “desaparecimiento” no constituyó para el Sr. ministro una situación especial o de excepción).

- El 5 de Enero de 1977, Investigaciones emite un informe en el que expresa: “Consultas efectuadas en el SENDET establecen que Barrios Duque no se encuentra registrado como

detenido por ninguno de los institutos armados del país. Así también no aparece registrado como detenido o reo en el servicio de estadística de la Cárcel Pública y no aparece en las relaciones de fallecidos en el Instituto Médico Legal y Cementerio General o como enfermo en postas u hospitales”.

- El 31 de Agosto de 1977 el juez dictó acto de sobreseimiento temporal en la causa, confirmando la Corte de Apelaciones su resolución el 21 de Octubre de 1977.

- El 19 de octubre de 2004 el titular del Noveno Juzgado del Crimen de Santiago, Raquel Lermenda, procesó al ex general Manuel Contreras, al ex brigadier Miguel Krasnoff, al ex coronel Marcelo Moren Brito y al civil Osvaldo Romo, por su responsabilidad en la desaparición de Álvaro Barrios Duque.

- El 29 de octubre de 2004, la Tercera Sala de la Corte de Apelaciones le otorgó la libertad provisional al ex brigadier Miguel Krasnoff procesado como autor del secuestro calificado de Álvaro Barrios Duque.

- El 8 de junio de 2006 fue detenido el ex suboficial mayor del Ejército, Nelson Paz Bustamante, procesado por el ministro en visita Juan Fuentes Belmar, como autor del secuestro calificado de Álvaro Barrios Duque.

- El 2 de octubre de 2008, el Juez Eduardo Fuentes condenó a Manuel Contreras a 5 años y un día, al ex brigadier Miguel Krasnoff a 3 años, al ex coronel Marcelo Moren Brito a 3 años, a Basclay Zapata a 800 días y a Nelson Paz Bustamante a 800 días de presidio, por el secuestro calificado de Álvaro Barrios Duque.

- El 22 de enero de 2010, la Corte Suprema elevó las penas del ex brigadier Miguel Krasnoff, del ex coronel Moren Brito, del ex suboficial mayor Nelson Paz Bustamante y del ex cabo Basclay Zapata a 5 años y un día.

- El 26 de enero de 2010 la Corte Suprema acogió el recurso de amparo presentado por Nelson Paz Bustamate y le dio la libertad.

Yo he visto un pájaro verde